EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

1864. — Tomo XXIII.

Editores propietarios : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 23. — Nº 583.

SUMARIO.

Inauguracion del muelle de Huacho; grabado. — **Recuerdos de un viajero. — Sociedad de aclimatacion. — A su retrato. — Expedicion á Méjico**; grabados. — **Revista de Paris. — Las mujeres de nuestro siglo. — Incendio del museo de Rotterdam**; grabado. — **Coleccion burlesca de tipos militares**; grabados. — **Ejército dinamarqués**; grabado. — **Ejército prusiano**; grabados. — **Paris y Lóndres en 1793. — Baile de trajes de la media cuaresma**; grabados. — **El corredor de playa. — Revista de la moda. — Un baile en Varsovia**; grabado. — **Problemas de ajedrez**; grabado.

Inauguracion del muelle de Huacho.

Lima 20 de diciembre de 1863.

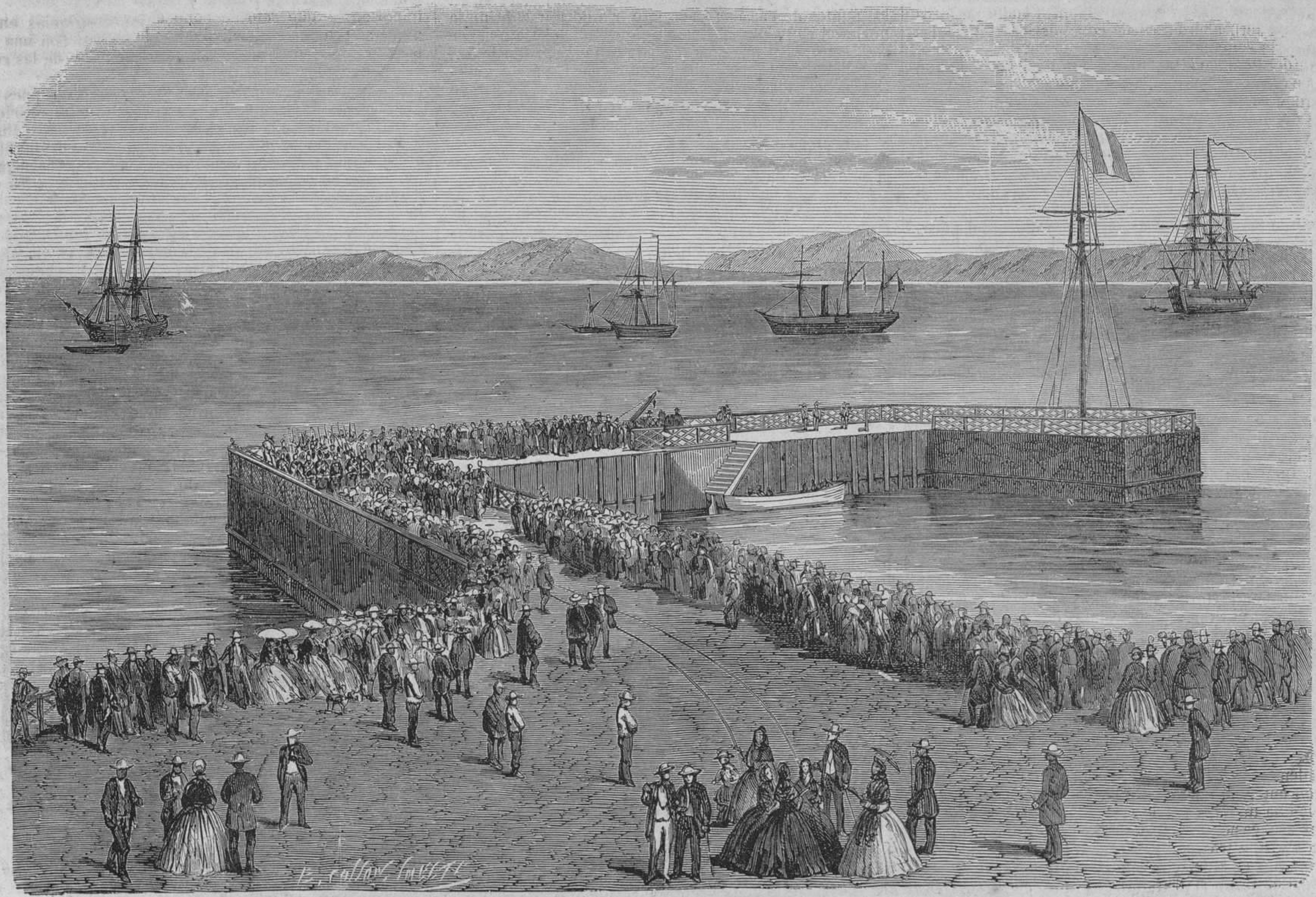
El puerto de Huacho (Perú) se halla situado á 50 leguas al Norte del del Callao, y el Océano Pacifico que le forma lleva alli su nombre dignamente. En esta parte del litoral peruano, el mar siempre está sereno, los vientos son regulares, y el cielo es de una pureza como solo se ve en estas latitudes privilegiadas.

Reducido el comercio de Huacho á la exportacion de sus productos agricolas, faltaba un muelle que permitiese acelerar el tránsito y facilitara el embarco y desembarco de los pasajeros. Un decreto presidencial autorizó su ejecucion, y las obras fueron confiadas á M. E. Bonnemaison, ingeniero de Estado.

El 2 de diciembre fué inaugurada la obra en presencia de S. E. el general Pezet, presidente actual de la República, y de los ministros de la Justicia y del Interior. Una muchedumbre inmensa que habia acudido de todos los puntos de la costa asistia á esta imponente ceremonia, demostrando con su entusiasmo sus vivas simpatias por el jefe del Estado.

Esta mejora parece será el preludio de otros varios trabajos de utilidad pública que no tardarán en ponerse en via de ejecucion.

El Perú destrozado durante largo tiempo por las guer-



Inauguracion del muelle de Huacho en Lima. — Dibujo copiado de una fotografía de M. Maunoury.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ras civiles, como otras muchas de las repúblicas hispano-americanas, se halla por fin en paz, y los seis años de sosiego que ha tenido bajo la administracion del general Castilla, le han preparado suficientemente para su nueva mision, que no tiene mas fines que el desarrollo de su prosperidad y de su bienestar material.

Nadie mas apto que el general Pezet para guiar á este interesante pais en la via de la regeneracion. Llegado al poder sin haber necesitado recurrir á la intriga, el nuevo presidente no tropieza en su marcha con ningun partido hostil, y puede libremente plantear desde luego importantes y saludables reformas en la administracion.

Así lo ha comprendido este digno magistrado al consagrar desde su advenimiento al poder toda su atencion a los graves intereses que le ha confiado el pais.

Amante de su patria, á la que ha prestado hasta ahora el concurso de su espada, se dedica á fecundizar los gérmenes de riqueza que en ella abundan, y quiere elevarla al puesto que por su vasto territorio y su opulencia proverbial le esta señalado.

Tan generosas aspiraciones secundadas por una voluntad enérgica y una superioridad de inteligencia incontestable, darán seguramente sus frutos, y asi veremos en este hermoso pais turbado durante tanto tiempo por la discordia, una nueva era de paz y de prosperidad, que sucederá á los estériles resultados de las agitaciones políticas.

E. M.

Recuerdos de un viajero.

DE JAFFA Á JERUSALEN.

Miércoles 1º de abril de 1863.

... A la madrugada avistábamos mis compañeros y yo las costas de la Palestina: á poco mas de las ocho desembarcábamos felizmente en el muelle de la antigua Joppe, hoy Jaffa.

Despues de una penosa navegacion, la vista del puerto es una de las mas gratas sensaciones que puede experimentar el viajero; pero en el caso presente, la completa ausencia de todo *puerto* hacia inaplicable á nosotros aquella observacion. En los dos dias que acabábamos de pasar á bordo del hermoso vapor francés el *Simois*, contando las horas que estuvimos detenidos sin poder salir del puerto de Alejandría á causa de un recio temporal, habiamos pasado bastantes malos ratos; muchos tumbos habiamos dado en aquellas revueltas olas del Mediterráneo, que aunque no es mas que un lago, tiene iras tan terribles como las de un mar. Mucho deseábamos saltar á tierra por mas de un motivo, — porque siempre se desea dejar un barco, — porque en el nuestro ibamos demasiado estrechos, á causa de la grande afluencia de peregrinos, impacientes como nosotros de llegar á Jerusalen antes de concluir las principales fiestas de la semana santa; pero á pesar de todo esto, la vista del llamado desembarcadero de Jaffa nos aguó un poco el contento de la llegada. Triste y pavorosa vista en verdad, á que hacian fúnebre comentario las relaciones que habiamos venido oyendo durante la travesía de lo peligroso que era desembarcar en Jaffa, y de las mil catástrofes ocurridas en aquellas aguas. La playa estaba sembrada de restos de buques náufragos. La verdad es que solo cuando la mar está muy serena es posible arribar á aquella costa inhospitalaria; así es que los vapores de las *Mensagerias Imperiales* y los del *Lloyd* austriaco que dan la vuelta de Alejandría á Constantinopla por Beyruth y Esmirna, solo en raras ocasiones pueden desembarcar allí sus pasajeros, teniendo precision de dejarlos en Kaiffa, al pié del Carmelo, es decir, á casi dos dias de navegacion, y aun eso no es siempre fácil, pues esta segunda rada no vale mucho mas que la otra.

Apenas ancló el *Simois* á la vista de Jaffa, cuando nos vimos rodeados de una infinidad de barcas árabes, que materialmente parecia que iban á tomarnos por asalto. Era de ver cómo trepaban por los costados del buque, asiéndose á los cables y á la menor aspereza como gatos, aquellos ágiles y atezados árabes medio desnudos, que son, creo yo, los mejores marineros del mundo: semejantes á la pantera y al tigre y demás grandes variedades de la raza felina, con la mas comun de las cuales la comparé poco há, reunen en grado superlativo la ligereza, el vigor y la intrepidez: pasan tambien por excelentes pilotos. Añaden los que creen conocerlos bien, que tampoco les falta la ferocidad de aquellos carnívoros; pero esto me parece muy injusto: feroces sin duda en ocasiones dadas como todos los hombres, los árabes conservan en sus costumbres muchos rasgos de la época patriarcal, y es tal su horror á la idea de derramar sangre inútilmente, que solo en casos de una absoluta necesidad ejercitan la caza, y aun á los mismos insectos de que sus cuerpos son víctimas con harta frecuencia, perdonan la vida despues de cazarlos. Así lo he oido asegurar á muchos de nuestros religiosos de la Tierra Santa, que por llevar largos años de residencia en ella, no menos que por su estado, me merecen entera confianza.

Hacia una mañana hermosa y algo fresca: pronto las lanchas árabes nos trasladaron con todos los demás peregrinos y nuestros equipajes al simulacro de muelle que teniamos delante, y al que tuvimos que trepar materialmente, como si llegáramos allí escapados de un naufragio. Las señoras y los poco ágiles fueron levantados por los robustos brazos de una multitud de pescadores desarrapados que llenaban la playa aturdiéndonos con sus gritos, probablemente ofertas de servicio en que predominaba el vocablo *bachich* (propina ó limosna) que desde nuestra llegada á Oriente no habia cesado de resonar en nuestros oidos. Los árabes son el pueblo mas pedigüeño de la tierra. Aquel tumulto de gentes que se apoderaban á viva fuerza de nuestras personas y equipajes, aquel clamoreo ininteligible para nosotros, y mas que todo la idea de que ya pisábamos por fin el suelo sagrado de la Palestina, nos producian una especie de mareo difícil de explicar: por mi parte, todo aquello me parecia un sueño. Un viaje á los Santos Lugares habia sido uno de los mas vehementes anhelos de toda mi vida, y ya empezaba á verlo realizado!... Deseo á todos mis lectores sensaciones parecidas á las que experimentaba yo entonces.

Mi primer cuidado fué ir á visitar al cónsul francés, M. Philibert, para quien llevaba una carta de recomendacion y un precioso regalo de mi amigo el tan rico como inteligente librero de Paris M. Hachette. El regalo consistia en un ejemplar primorosamente encuadernado de la grande edicion del Dante, ilustrado por Doré. Recuerdo esta circunstancia, por el efecto que me causó luego que hube entregado el libro á su dueño y que examinamos juntos sus estampas, ver aquel admirable producto de la tipografía moderna, entonces recien publicado, y los deliciosos grabados que le adornan, en un pueblo hoy de los mas miserables, pero grande y poderoso algun dia. Jaffa, cuya fundacion al decir de Plinio, es anterior á la época del diluvio, era el único puerto que tenian los israelitas sobre el Mediterráneo, en los tiempos de su mayor poderío: allí fueron á desembarcar los famosos cedros del Líbano enviados por el rey Hiram á Salomon, para la construccion del templo. Cómo pudo hacerse este desembarque en aquella costa bravía, erizada de arrecifes, por entre los cuales pasan á duras penas las lanchas árabes, es un problema que no acierto á resolver. M. Philibert que lleva muchos años de residencia en aquel pais, que ha estudiado á fondo, me hizo visitar las pocas curiosidades que encierra, el convento latino, el convento griego, la escuela de los niños católicos perfectamente dirigida por un religioso español, el padre Mora, y por último, algunas hermosas huertas notables por sus plantíos de admirables naranjos, cuyo fruto dudo que tenga igual en la tierra, por su sabor, aroma y tamaño, sin contar su abundancia, que no tiene límites: así es que las mas exquisitas naranjas que es posible comer, están allí casi de balde.

Si habiamos de llegar al dia siguiente á Jerusalen y asistir á las principales funciones de semana santa, mas interesantes allí naturalmente que en ninguna otra parte, no teniamos tiempo que perder. Dos jornadas de buena marcha á caballo separan á Jaffa de la ciudad santa, y el pais que se extiende entre ambas está tan desierto y es tan poco seguro, que no hay eleccion en los puntos de parada: es preciso ir á dormir la primera noche al convento de Ramleh y concluir el viaje al dia siguiente. Para una sola jornada es mucho: con la forzosa detencion en Jaffa de algunas horas, para organizar la caravana, proveerse de guias y víveres, es de todo punto imposible ir á hacer noche en Jerusalen. Sobre las dos de la tarde salimos pues por la única puerta de la ciudad, bien provistos de todo lo necesario y despues de haber almorzado grandemente en un mal casucho denominado *Palestine Hotel*. Un fondista inglés ha organizado allí una especie de posada, con la mira sin duda de hacer la oposicion al convento de los padres latinos, que allí como en todo el Oriente tienen el monopolio de la hospitalidad para los viajeros de su comunion. La que dan los buenos padres es gratuita para los pobres, pero tiene fama de ser muy cara para los ricos, que á título de limosna retribuyen con grandes creces el gasto que ocasionan. Pasa además por bastante mala en ambos casos: por mi parte no puedo quejarme, siempre la he encontrado excelente, aunque debo decir en honor de la verdad, que pocas veces he recurrido á ella por el temor de quedarme corto en mis limosnas, prefiriendo pagar las cuentas de los verdaderos fondistas, cuando los encontraba. De estos puedo decir sin escrúpulo que su hospitalidad es mala, pero muy cara.

Á la puerta del *Palestine Hotel* montamos en nuestras cabalgaduras, enjaezadas al uso árabe, y aquí empezamos á conocer, por una triste experiencia, la necesidad de dar crédito á los que nos dan buenos consejos. A nosotros nos habian dado en Europa, y luego en Alejandría, el consejo de surtirnos de buenas sillas de montar para nuestras expediciones ecuestres por la Palestina, donde los carruajes son cosa desconocida, lo mismo que en toda la Siria: no habiamos querido seguirle, fiados en nuestra destreza de caballistas, y á la hora de cabalgar en una silla árabe, nuestras pobres rodillas y otras partes interesantes de nuestro cuerpo ya imploraban merced y no podian mas. Es preciso estar acostumbrado desde niño á las sillas del pais como los árabes, y en particular los beduinos, que viven á caballo, para resistir la tension de aquellos estribos tan cortos y tan echados hácia atrás, que dan al jinete el aspecto de un mono sabio acurrucado encima de un perro. Las calles de Jaffa son de lo mas escabroso y angosto que he visto aun en el Oriente; recuerdan las peores de Toledo. Nuestros caballos trepaban por ellas con suma dificultad, y en las bajadas, mas bien que andar, parecia que iban corriendo patines. Llegados á la puerta de la ciudad, nos llamó la atencion un espectáculo triste y repugnante: multitud de mujeres estaban allí sentadas al sol teniendo en sus brazos ó vigilando en sus juegos á un enjambre de chiquillos casi desnudos, cuyas caras parecian negras como la pez, por efecto de la verdadera nube de moscas que las cubria! La costumbre tenia tan familiarizados á los pacientes con aquella inmundicia, que ni se la ahuyentaban con la mano, ni mostraban causarles la menor molestia. De paso diré que esta familiaridad de los insectos con las personas es un rasgo característico del Oriente, á lo menos en las partes que yo he visitado: la misma particularidad me chocó en Egipto. Como me irritaba los nervios ver aquella suciedad, pues uno cree á veces sentir lo que se le figura que deben sentir los demás, indiqué por señas á algunas de aquellas mujeres que aventasen con la mano los ojos y las narices y los labios de los chiquillos que tenian en brazos, para ahuyentar aquella peste. Ellas me echaban unas miradas tristes y casi estúpidas, limitándose á alargar la mano pidiéndome *bachich*. Evidentemente no comprendian mi pantomima: eché pié á tierra, y con algunos movimientos de mi pañuelo hice levantar una gran bandada de aquellas pequeñas *aves* negras, pero en su gran mayoría estas continuaron devorando su sucio festin: parecia que estaban incrustadas en las caras de aquellas pobres criaturas. Nuestra caravana proseguia su marcha por entre dos largas filas de higueras silvestres, cargadas de su espinoso fruto, ornato natural de las entradas y salidas de todos los pueblos en el Oriente. Tuve que renunciar á mis conatos filantrópicos de mejorar la policía infantil de aquellas gentes, y seguí á mis compañeros haciendo tristes reflexiones sobre la miserable condicion actual de un pueblo que en otro tiempo debió ser tan poderoso. Vista desde el mar, Jaffa, cuya poblacion es hoy de unas 5,000 almas, presenta cierto aspecto risueño y pintoresco, debido á su feliz situacion en forma de anfiteatro, junto á los riscos donde la Fabula colocó la aventura de Andrómeda libertada por Perseo. Sus casas blancas y regularmente sembradas al mismo borde del mar en aquella costa escabrosa, como una manada de ovejas, regocijan la vista del viajero cansado de una penosa navegacion y sediento de encontrar tierra. Ya dentro del pueblo, toda su belleza aparente se desvanece como por encanto, y el ánimo se contrista al aspecto de tanta pobreza y desaseo; el último arrabal que se cruza para tomar el camino de Jerusalen, es una sucesion de casucas que mas bien parecen perreras que habitaciones para personas.

Cuando digo el *camino* de Jerusalen, quiero decir el pais por donde se va á aquella ciudad, pues por lo demás no hay allí nada que se parezca á lo que entendemos en Europa por un camino: no es mas que una especie de sendero, formado por las pisadas de las caravanas, sin ningun auxilio del arte. A la salida del pueblo se encuentra la bonita fuente de *Abu-Naba* (el padre de la Maza) y media hora despues llegamos á Yasur, pobre aldea hoy casi despoblada, cerca de la cual hay otra fuente denominada *Tin-Dalab* (la fuente del Plátano). Estos encuentros de fuentes tienen en el Oriente una importancia que solo se conoce bien en algunas de nuestras provincias del Mediodía: la escasez de agua es la gran fatalidad que aflige á aquellas hermosas regiones donde nace el sol. No es raro encontrar en ellas, aun sin contar los verdaderos *desiertos*, territorios de algunas leguas en que ni brota una fuente, ni corre un arroyo, ni crece un árbol; de aquí la escasez y el irregular repartimiento de su poblacion. El terreno que atravesamos durante cuatro horas hasta llegar á Ramleh es bastante hermoso, y el cultivo podria hacer de él un paraiso. Allí se extiende la llanura de Saaron, célebre por sus rosas. Es el antiguo pais de los Filisteos, de cuyas encarnizadas guerras con el pueblo de Dios está llena la Biblia. Si se quisiese buscar una explicacion humana al odio que dividia á aquellos dos pueblos, se encontraria en la diferente naturaleza de sus respectivos territorios. La Judea propiamente dicha, cuna del pueblo de Israel, es una tierra tan pedregosa y desamparada de todo recurso humano, que no se concibe cómo podrian vivir en ella sus pobladores en número suficiente para formar una verdadera nacion: la necesidad de vivir debia arrojarlos como fieras sobre sus vecinos mas favorecidos del cielo en los dones materiales, aunque no iluminados como ellos por la nocion del verdadero Dios: así podrian explicarse aquellos exterminios feroces de razas enteras, culpables de idolatría y de ocupar territorios fecundos que los israelitas necesitaban para no perecer de hambre y sed en el suyo propio.

Solo un pueblo de alguna importancia se encuentra ó mas bien se ve á alguna distancia del llamado camino, y es Lidda, la antigua Dióspolis. Recuerdo haber leido en Volney que no parece sino que el hierro y el fuego acaban de pasar por allí. No es posible ver mayor desolacion. Yo llamaria aquello las ruinas de otras ruinas: las menos destruidas que se ven entre ellas son las de una antigua iglesia del siglo XII, dedicada á san Jorge, y destruida por Saladino en tiempo de las Cruzadas. En Lidda hizo san Pedro el milagro de sanar al paralítico Eneas que se refiere en el cap. IX de los *Hechos de los Apóstoles*. Otros muchos lugarejos igualmente ruinosos se divisan á alguna distancia á uno y otro lado del camino: este es, en suma, llevadero y aun agradable á trechos, casi siempre llano, nunca frondoso; pero muy rara vez enteramente despojado de verdura.

Entre seis y siete de la tarde, unas cuatro horas despues de haber salido de Jaffa, llegamos á Ramleh (en arabe *la arena*), donde fuimos á apearnos en el convento latino, lleno á la sazon de viajeros de todos los paises católicos, en marcha como nosotros para Jerusalen. Los buenos padres, en su mayor parte españoles é italianos, nos recibieron con los brazos abiertos: una

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

excelente cena, una buena cama nos dieron fuerzas para proseguir nuestro camino á la madrugada siguiente. Nunca olvidaré la cordial acogida y la amena y discreta conversacion del padre provisor fray Agustin Menendez, religioso asturiano y uno de los mas antiguos en aquella mision: él mismo tuvo la bondad de enseñarme todas las curiosidades del convento, las pinturas del claustro, que por cierto valen muy poco, y hasta las calles y algunas de las mejores casas del pueblo. La poblacion de Ramleh, de unas 2,000 almas, se compone casi por igual de cristianos y de musulmanes, todos igualmente respetuosos y hasta humildes con los padres de la Tierra Santa: no era raro encontrarnos en las calles que ibamos recorriendo muchachos y aun hombres y mujeres musulmanes que venian á besarles la mano y el borde de los hábitos. Los beneficios que dispensan al pueblo indistintamente, explican aquella sumision: ellos son los maestros, los médicos y los mejores amigos en todas las casas; no se ven mas queridos y respetados los frailes ni aun en los pocos pueblos de Europa donde los hay todavía. Aquello me recordaba lo que he oido contar que sucede entre los indios en las poblaciones rurales de América. La circunstancia de venir con nosotros algunos viajeros rusos con quienes nos unian buenas relaciones de amistad, me proporcionó ocasion de visitar el convento griego, donde ellos naturalmente habian ido á hospedarse. Allí como en los demás pueblos, el convento griego es mucho mas espacioso y rico que el latino; pero ¡qué diferencia entre unos y otros! En los nuestros todo respira un dulce espíritu de caridad cristiana y de sencillez realmente evangélica; en los conventos griegos, que mas bien parecen cortijos, aquellos *popes* tan rollizos y coloradotes, con sus largas barbas bien peinadas y ungidas, sus grandes bonetes redondos y sus limpios balandranes de fino paño, mas bien parecen unos bajás de tres colas que unos hombres consagrados á la religion. Allí como en todas partes la animosidad entre unos y otros conventos es un orígen de dolorosos escándalos para las almas piadosas: el gran cisma de Oriente es la mas grande afliccion de la Iglesia de Jesucristo; mas divididos están entre sí latinos y griegos que cristianos y musulmanes.

Una triste impresion me aguardaba en Ramleh: allí yace enterrado, en el pequeño cementerio contiguo al convento, un hombre á quien estimé mucho en vida y cuyo sepulcro estaba muy lejos de esperar encontrarme en la Tierra Santa: hablo de nuestro último cónsul en Jerusalen, don Mariano Prellezo, persona excelente, de rara instruccion y noble carácter. Quebrantada su salud en aquel duro clima, la muerte le sorprendió allí pocos meses antes, cuando regresaba á España. El pais de Judea es fatal para nuestros cónsules: allí acaba tambien de morir desgraciadamente su sucesor en aquel cargo don Enrique de Vedia, otro excelente amigo mio, docto y elegante escritor además. Así vamos poco á poco quedándonos en cuadro los que nacidos próximamente en la misma época, formábamos no ha mucho una numerosísima falange! Dentro de algunos años no quedaremos ya ninguno.....

Juéves 2 de abril.

Oida la misa en el convento, á cosa de las seis montamos á caballo con un tiempo fresco y algo nublado. A las tres horas de marcha llegamos á Lataun, pueblecito ruinoso á que va unida una piadosa tradicion. Como indica su nombre (*Vicum latronum*), aquel pueblo era ó tenia fama de ser en otros tiempos una madriguera de ladrones. La tradicion le hace patria de los dos que fueron crucificados á ambos lados del Salvador, y añade que pasando por allí la Sacra Familia en su huida á Egipto, y asaltada por una cuadrilla de aquellos malhechores, el buen Dimas, herido ya su espíritu de un rayo de aquella luz celestial que en su última hora le abrió de par en par las puertas de la vida eterna, defendió á los santos viajeros y los puso en salvo..... Poco despues vimos á alguna distancia, en lo alto de un cerro, las ruinas del castillo de Emaus. Allí estuvo situada la antigua Modin, patria y residencia habitual de los Macabeos. Toda la historia portentosa de aquellos heróicos hermanos se me representó en la imaginacion con los vivos colores de la vida mientras iba pasando por aquellos sitios sagrados: veia como si los tuviera delante á los *fuertes de Israel* electrizados por la vigorosa elocuencia de Judas Macabeo lanzarse á lidiar por su Dios y su patria, y á los soldados de Antioco caer bajo las espadas de aquellos leones de Judá, como caen las mieses en verano, bajo la hoz del segador. Cuando el dia antes ibamos cruzando la histórica llanura de Saaron, en vano busqué en ella las rosas de los *Cantares*: no era la estacion propicia; pero no importa: mi espíritu las veia y respiraba su perfume bíblico, como el mas delicioso de los aromas. El viajero que recorre los *Santos Lugares* tiene que resignarse á ver mas cosas en su imaginacion que en la realidad: cada uno encuentra allí la poesía que lleva en su alma: la verdad material es allí poco ó nada: la verdad moral no tiene mas límites que los de la fe, ó—¡límites incomparablemente mas estrechos!—los de nuestra propia mezquina inteligencia. El espíritu de Dios anima visiblemente aquel polvo, aquellas ruinas; porque fuerza es decirlo, ya no quedan allí, ¡oh dolor! mas que polvo y ruinas. Fuera de la iglesia del Santo Sepulcro, de la del monte Carmelo y de algunos conventos en especial los griegos, y sobre todo el admirable de San Sabas, junto al mar Muerto, que como los demás de esta comunion, mas que un convento parece y es en realidad una fortaleza, no recuerdo haber visto en la Tierra Santa un solo monumento que tenga por sí mismo valor alguno, en lo material. ¿Porqué sin embargo cualquier tapia derruida, cualquier monton de tierra que lleve allí un nombre histórico, hace palpitar el corazon y arrasarse los ojos de lágrimas?.....

A la sombra de unas peñas, ya á la misma entrada de los montes de la Judea, una breve parada y un almuerzo de fiambres, nos confortaron á hombres y caballerías, y prosiguiendo la marcha por entre breñas y verdaderos precipicios llegamos al valle de Terevinto, todo lleno aun del recuerdo de las proezas de Sanson y como atronado aun por el zumbido de la honda de David. Allí sucumbió Goliat: no hay una de aquellas innumerables piedras redondas y lisas que rodadas de los vecinos cerros cubren el fondo del valle, en que no creyéramos ver la que fué á herir como un rayo la sien del gigante filisteo. Al caer la tarde, nuestra impaciencia por descubrir á lo lejos las torres de Jerusalen iba cada vez mas subiendo de punto; pero Jerusalen no se descubre por aquella parte hasta que se está ya casi encima de ella, á dos tiros de fusil de sus puertas. Un recodo de las áridas y desoladas montañas que ibamos atravesando, nos descubrió por fin la Ciudad Santa, con sus cien cúpulas cristianas y turcas, sus blancos alminares, su espléndido cimborrio de la mezquita de Omar, todo constelado de medias lunas de oro sobre fondo azul, su extensa fachada del nuevo convento griego, y en fin, con la magia indecible de su nombre. Todo se nos volvia preguntar á nuestros dragomanes y á nuestros *mukires* (arrieros árabes): ¿cuál es el monte Olivete? ¿dónde está el Gólgota? ¿dónde el valle de Josafat? todo queriamos verlo, todo queriamos saberlo: no creo haber sentido en mi vida emocion mas profunda. Por un impulso espontáneo, toda la caravana hizo alto, y apeándonos los mas de nuestros caballos, hincamos la rodilla en tierra exclamando con inefable alegria: ¡Jerusalen! ¡Jerusalen!.....

Media hora despues nos hospedábamos en una posada en el monte Sion, enfrente de la torre de David, residencia á la sazon del consulado de España.....

EUGENIO DE OCHOA.

Sociedad de aclimatacion.

Acaba de tener lugar en Paris en los salones del Hotel de Villa la sesion anual de la Sociedad de aclimatacion, presidida por M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros. La mesa estaba compuesta de este modo: M. Duruy, ministro de Instruccion pública; M. A. Passy, vicepresidente; el conde de Epresmenil, secretario general; M. E. Dupin y el doctor Souberain, secretarios, y el doctor J. Michon.

El príncipe Napoleon honraba esta asamblea con su presencia.

Una tribuna estaba ocupada por varias señoras de distincion.

La sesion se abrió con el discurso siguiente de M. Drouyn de Lhuys:

« La Sociedad imperial de aclimatacion cierra hoy su décimo año, y en la historia de todas las cosas de este mundo, los periodos decenales constituyen épocas solemnes. Se cree que diez años forman un espacio de tiempo bastante largo para juzgar las grandes empresas, y prever por los progresos consumados las esperanzas futuras.

» Sobre este punto, señores, estamos tranquilos, y podemos ofrecernos á todas las investigaciones. No aprovecharé la ocasion de este dia para recordar todo lo que ha hecho la Sociedad imperial. Vuestros recuerdos, la coleccion de vuestros boletines, el favor con que la obra ha sido acogida en todos los países civilizados hablan lo bastante, y la presencia de un príncipe que siempre nos ha honrado con su proteccion, manifiesta las augustas simpatías que inspiran nuestros esfuerzos. Habeis tomado literalmente, desarrollado y traducido en realizaciones fecundas el gran pensamiento de Buffon: « El hombre no sabe lo bastante lo que puede la naturaleza ni lo que él puede sobre ella. » Vosotros habeis hecho ver lo que podia el hombre. Habeis demostrado por medio de aplicaciones prácticas qué número de animales, qué variedad de vegetales podia añadir á su imperio, apropiar á sus necesidades y á sus industrias. Muchas ideas que hasta ahora no habian sido mas que miras ó votos de la ciencia, han pasado hoy al dominio de los hechos. Sobre la mesa de vuestras sesiones el estudio y el comercio vienen á depositar las primicias de nuestras pacíficas conquistas, como la guerra envia banderas á las naves de nuestros templos. Vuestra asociacion no es solo una fuente de nuevas riquezas para la humanidad; sino que ha venido á ser un lazo nuevo en las relaciones de los hombres entre sí, lazo de paz y de mutua asistencia; es la expresion mas perfecta de ese libre cambio de las producciones de la tierra por el concurso de todos y á beneficio de todos; última palabra de la sabiduría moderna aplicada á la investigacion del bienestar material de los pueblos.

» La Sociedad entra en el período mas difícil para las instituciones humanas, y es aquel en que satisfecha la primera curiosidad, es preciso sostenerse por el espíritu de continuidad, insistir en los hechos ya conocidos para verificarlos; repetir las experiencias dudosas, entrar en los detalles y acordarles todo el desarrollo que exige un estudio profundo; período verdaderamente crítico y que se puede llamar el período de confirmacion. Las ideas cuyo reinado debe ser de larga duracion no se difunden con la impetuosa fuerza de los torrentes, sino que penetran por lentas y constantes filtraciones. « Es menester una larga série de años, dice el naturalista Audubon, para domar la naturaleza y hacerla olvidar sus necesidades nativas de independencia. » ¡Cuántos ensayos cuyo resultado final podia ser ventajoso se han abandonado por desaliento en el mismo instante en que iban á producir el efecto deseado! Y nuestro gran maestro Buffon, despues de haber revelado tantos secretos en la naturaleza, no descubrió el suyo, el de su admirable talento cuando dijo: « El genio es la perseverancia. » A uno que le preguntaba cómo habia podido componer tantas y tan bellas obras, respondió: « Trabajando cincuenta años. »

» Para rendir homenaje á esta verdad, elevaremos este año en la entrada de nuestro jardin del bosque de Boulogne una estatua al modesto colaborador del ilustre naturalista, á Daubenton, que supo dar á la vez el precepto, el ejemplo y el modelo de la aclimatacion. Daubenton empleó treinta años en introducir y en aclimatar en Francia un solo animal, el carnero padre merino, y ya sabeis cuál ha sido el fruto de su perseverancia. A ella debe la Francia la mejora de sus razas bovinas y la prosperidad de las numerosas industrias fundadas en el trabajo de las lanas. Tambien á Daubenton debemos el primer catálogo y el mas completo de los animales exóticos que han de aclimatarse en Francia, catálogo que ha sido el programa de la Sociedad. Por lo tanto, esa estatua no será solamente una muestra de gratitud, sino tambien la indicacion del objeto que nos proponemos alcanzar, y como un trofeo elevado al éxito de la aclimatacion.

» Os decia, señores, hace algunos instantes, que los pueblos extranjeros se apresuraban con generosa emulacion á entrar en la via que habeis abierto. Una nueva prueba de esta verdad se encuentra en un despacho telegráfico que recibí ayer á las nueve de la noche, y que está fechado en Moscou á las once de la misma noche: ¡admirad la rapidez de este maravilloso mensaje! Llegó á Paris dos horas antes de haber salido de Moscou. No necesito explicar este milagro á un auditorio tan docto como este á quien tengo el honor de hablar. Mas afortunado que el ministro de Negocios extranjeros, el presidente de la Sociedad no recibe mas que buenas noticias, como podeis juzgar ahora:

« Moscou 11 de febrero de 1864,
á las 11 y 45m de la noche.

» *Al presidente de la Sociedad imperial zoológica de aclimatacion en Paris.*

» El comité de aclimatacion de la Sociedad imperial de agricultura de Moscou, autorizado para tomar el título de Sociedad imperial de aclimatacion rusa, acaba de abrir su jardin zoológico, el primero en Rusia; la Sociedad de aclimatacion se promete ser afiliada á la Sociedad imperial francesa, como lo ha sido el comité.

» Los miembros de la Sociedad estan bajo la presidencia de S. A. I. el gran duque Nicolas, protector de la Sociedad.

» RUMINE, *presidente de la Sociedad.* »

» Ya veis, señores, que nuestra Sociedad aparece como soberana; ejerce los derechos realengos. Tiene sus embajadores, su ministro de Negocios extranjeros, pues el emperador no permite en este caso acumular funciones; convoca congresos, señal de las alianzas, y recibe partes telegráficos que tienen el raro privilegio de no influir en la cotizacion de la Bolsa. Su cielo sereno siempre, no conoce ni las bruscas variaciones ni las tormentas. Pero volvamos á nuestro despacho. Me prometo, señores, que todos os asociareis conmigo para dar el parabien en su cuna de nieve á esa noble hermana que se nos anuncia con tan graciosa oportunidad la víspera de nuestra sesion solemne. »

Despues de este discurso, que fué cubierto de unánimes y simpáticos aplausos, se leyeron diferentes informes y se procedió á la reparticion de premios.

A su retrato.

SONETO.

Lámina que aun al sol envidia has dado,
Pues por tu ser hermoso el suyo olvida,
¿Cómo, dí, ese traslado está sin vida,
Teniendo allá mi vida ese traslado?

La deidad de que el cielo te ha dotado
Para mí ha sido ofensa conocida,
Que al darte la hermosura mas cumplida,
Ha sido hacerme á mí mas desdichado.

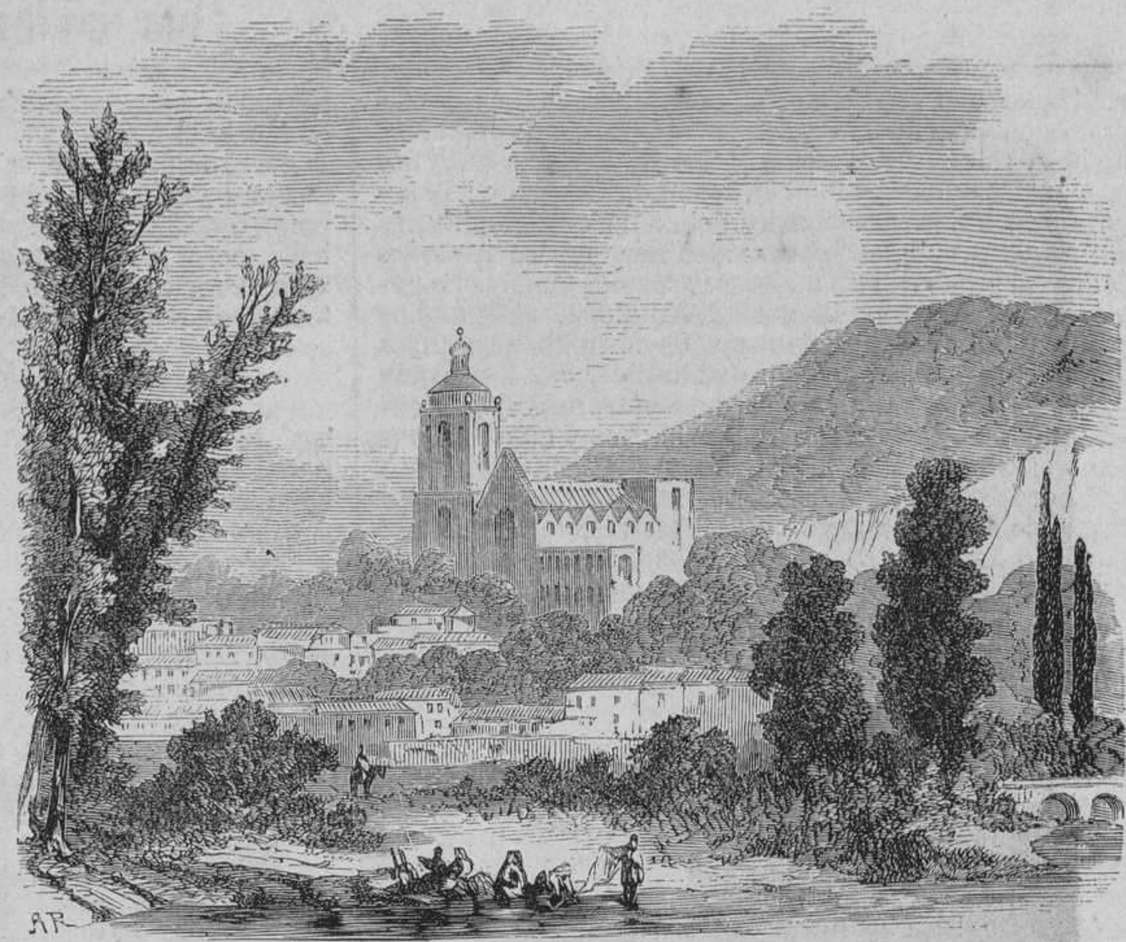
De tu rigor apelo á lo constante,
Justicia del amor, si es que movidos
Tus afectos, no obrare mas amante,

Mas con suspiros ¡ay de mí! perdidos,
Que al rigor nunca niegas el semblante,
Y á la piedad te faltan los oidos.

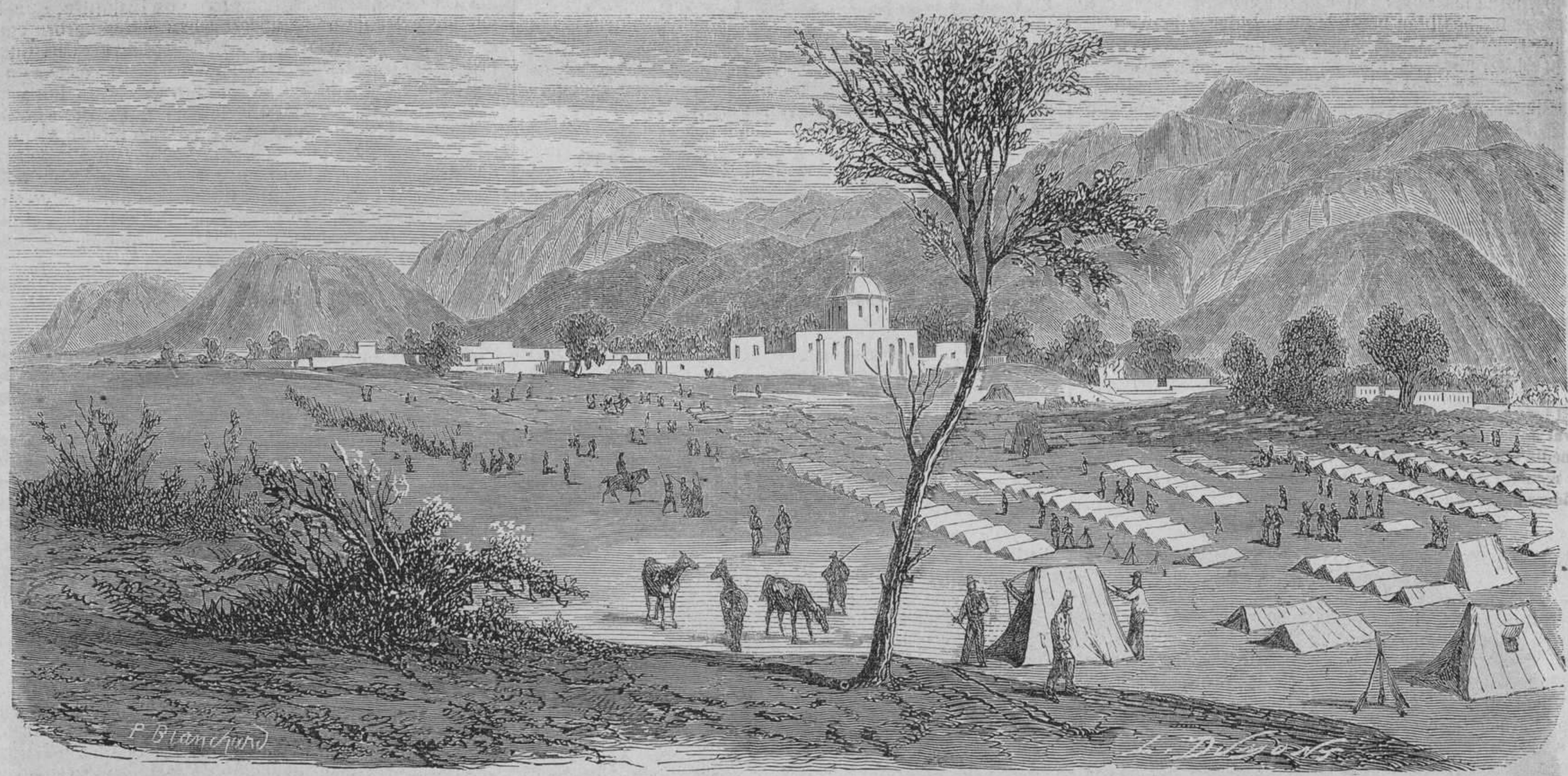
CARLOS C. NUÑEZ.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EXPEDICION A MEJICO. — Valle del rio de Lerma.



Zinapecuaro.



Campamento de la brigada de Bertier en Indaparapeo.

Expedicion á Méjico.

Damos varios dibujos que continúan la série de los que hemos publicado ya relativos á la expedicion francesa á Méjico, y entre ellos el que representa el habido últimamente en el camino de Querétaro á Méjico: una partida de guerrilleros compuesta de 450 hombres á pié y á caballo, bajo las órdenes de Pueblita, asaltó al cerrar la noche la diligencia que llevaba del interior el correo del general en jefe para Méjico y para Francia.

Esta diligencia, como todas en las que van los correos, llevaba encima cuatro escopeteros al mando de un sargento, y en el interior se hallaban dos oficiales suecos, los señores Bergemsthork y Erickson, que regresaban á Europa, el criado de uno de ellos, el intérprete del general Bazaine, encargado del correo, y dos comerciantes franceses.

A la primera descarga de los guerrilleros ocultos detrás de las murallas del camino, el señor Bergemsthork y un cazador de infantería de los de la escolta cayeron muertos, y el mayoral fué herido de cuatro balazos.

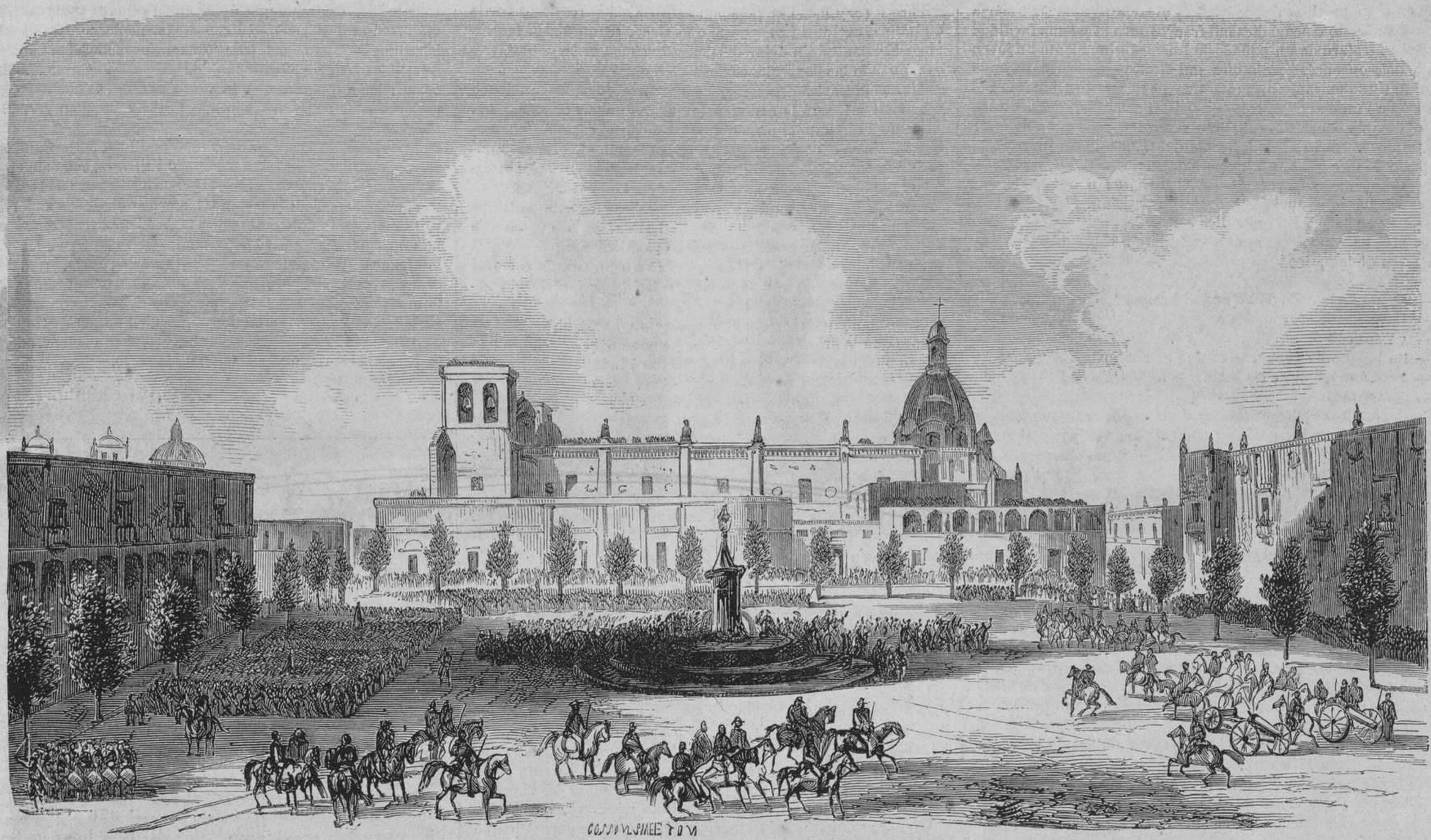
Los diez hombres restantes opusieron entonces una resistencia desesperada que duró hora y media en una noche sombría y con un tiempo de lluvia horroroso, hasta que vencidos por el número, cayeron todos en los puestos que ocupaban. Tres de ellos, dejados por muertos en el campo de batalla, fueron recogidos aquella misma noche, y á pesar de la gravedad de sus heridas, hay esperanzas de salvarlos. Son estos: el teniente Erickson, el intérprete y el sargento. Un solo soldado que quedó en pié seguia combatiendo con tres balas en el cuerpo; pero al fin, fué hecho prisionero y fusilado. Uno de los comerciantes cayó en poder de los guerrilleros, mas consiguió escaparse dando su reló y su dinero á los que fueron encargados de su custodia. Este comerciante llevó á Méjico la noticia del ataque, y en vista de sus indicaciones se ha hecho el dibujo que acompaña.

Al saber lo ocurrido, el general Neigre envió al teatro del suceso al coronel Potier para castigar á los habitantes de la Soledad y de Nopala, que tomaron una parte activa en el ataque.

V. P.

Irapuato, en el camino de Salamanca á Guanajuato.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Entrada del cuerpo expedicionario en Guadalajara.

Revista de Paris.

El juéves de esta semana hemos tenido la despedida del carnaval de 1864, ó sean las fiestas que llaman los franceses de « media cuaresma. » Durante veinte y cuatro horas el carnaval resucita con todas sus locuras públicas y privadas; las lavanderas, que son las heroinas principales de los regocijos al aire libre, se pasean en carros triunfales por las calles de Paris, y la poblacion se agolpa á contemplar esa mascarada, que tiene muy poco de original y mucho menos de graciosa. Este año la lluvia ha contrarestado algun tanto los planes de los curiosos; mas sin embargo, aun habia en los boulevares bastante afluencia de gente para admirar los carruajes de máscaras, que han brillado de un modo extraordinario por su ausencia. En cambio los bailes nocturnos han estado tan concurridos como el mártes de carnaval, y además ha habido reuniones particulares que han inspirado á un célebre caricaturista, M. Bertall, las dos páginas satíricas que verán nuestros lectores en este número.

La crónica semanal abunda esta vez en anécdotas.

Sabido es que en las altas reuniones no escasean las mesitas de juego. El ecarté es un pasatiempo permitido, al que ningun caballero de gran tono rehusa sacrificar algunos instantes entre el rigodon y la cena. Ahora bien, sucede con harta frecuencia

Ataque contra el correo del general Bazaine cerca de San Antonio de la Soledad.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

que en estas partidas de sociedad se atraviesan sumas de cierta importancia, de cinco ó diez mil francos, con la misma facilidad que si se tratara de un puñado de luises. Ultimamente un jóven diplomático francés perdió diez mil francos al ecarté jugando con un título extranjero, suma que pagó en diez billetes del Banco de Francia.

Al dia siguiente un caballero condecorado, de un exterior respetable entra en casa del extranjero, que aun estaba en la cama, y le dice con voz muy conmovida:

— Un asunto muy grave motiva mi visita; tiene Vd. en sus manos la honra de una familia de alta posicion.

— ¡Yo! ¿Sabe Vd. lo que dice?

— ¿No ha jugado Vd. ayer noche una partida de ecarté con un jóven diplomático?

— Sí, señor.

— ¿Y no ha ganado Vd. diez mil francos?

— Los he ganado, es cierto.

— ¿Y los cobró usted?

— En billetes de banco, la cuenta estaba justa.

— Pues á eso vengo; los billetes son falsos.

— ¿De veras?

— Nada mas cierto por desgracia. Ayer noche descubrimos la terrible y criminal industria de nuestro pariente, y hoy al amanecer he salido para ver á Vd. y suplicarle que en nombre del cielo me entregue esos billetes falsos por otros diez que traigo en el bolsillo.

El extranjero respetó aquel dolor y trocó los diez billetes falsos por los que le ofrecian. El caballero condecorado pidió además que se guardara silencio acerca de este lance, lo que le fué solemnemente prometido.

Dos noches despues el extranjero se quedó atónito al encontrar nuevamente en un salon al adversario de marras, y su asombro creció de punto cuando este le propuso un ecarté á guisa de desquite.

El extranjero le respondió negativamente con cierta sequedad, y como el otro insistiera algun tanto, no pudo menos de dirigirle dos ó tres observaciones que provocaron una explicacion definitiva.

— Si perdiera, le dijo irritado con tanta audacia, no podria devolver á Vd. sus billetes.

— ¿Y por qué razon?

— Porque me los han cambiado por otros mejores.

Y al decir esto sacó de su bolsillo los nuevos billetes que le entregaran.

El jóven francés se habia quedado como quien ve visiones. Al cabo de un instante de estupor examinó los billetes y conoció inmediatamente que eran falsos. El sugeto condecorado era un caballero de industria, que con la astucia que hemos visto acababa de hacer una de las suyas.

A vuelta de este rasgo criminal, citemos otro que nos dará una idea mejor de los sentimientos de la especie humana.

Dias pasados habia un bautizo de gran lujo en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. Delante de la verja de este hermoso templo se habia reunido un grupo de curiosos para admirar los trajes de las señoras, y un crecido número de pordioseros habia acudido tambien con la esperanza de recoger alguna cosa en tan bella fiesta.

En Paris la mendicidad tiene que recurrir á algun pretexto para solicitar la caridad pública, pues la ley prohibe rigurosamente el pedir limosna. Este pretexto consiste por lo comun en vender ó en hacer que se vende algo, y con efecto, á la puerta de la iglesia se ofrecian naranjas y ramos de flores.

Una pobre anciana que tenia al parecer tanta necesidad como vergüenza, no vendia nada y alargaba la mano llorando. No tardó en distinguirla un agente municipal, quien la riñó y queria llevarla al celador del barrio en el mismo instante en que pasaban delante de ellos el padrino y la madrina. Era esta una niña encantadora de catorce á quince años, que llevaba en la mano un hermoso ramillete y daba el brazo á un caballero de aspecto respetable.

La jóven que abria la marcha con aire triunfante se detuvo al oir al agente municipal, que decia á la menesterosa:

— Lo siento mucho, pero tengo que cumplir con mi deber. Usted no vende nada, por consiguiente mendiga, y es preciso que comparezca Vd. ante el celador del barrio.

— Se equivoca Vd., repuso la niña con presteza; esta mujer vendia, puesto que yo la queria comprar este ramillete, pero se le devuelvo, porque me pide muy caro.

Y al hablar así la generosa criatura se alejaba abandonando sus flores en manos de la anciana sorprendida y enternecida hasta lo sumo, cuando el caballero que la daba el brazo la deja un instante, y acercándose á su vez á la desdichada, la dice con una voz conmovida entregándola una moneda de oro:

— Aquí tiene Vd. lo que ha pedido á mi hija, pues á mí no me parece tan caro este ramillete.

Y el agente municipal que habia comprendido la cosa, fingió que se le podia engañar y permitió que aquella infeliz se escapara con su tesoro.

Pero dejando aparte estos accidentes menudos de la vida parisiense, el gran acontecimiento de la semana ha tenido lugar en el Palacio de Justicia, donde se ha fallado la causa contra los cuatro conspiradores italianos. No es propia de esta crónica la relacion de un compló que habria sido la segunda edicion, quizá mas sangrienta todavía, del horrible atentado de Orsini, que durante largo tiempo recordará con espanto la poblacion de Paris; aquellos de nuestros lectores que tengan curiosidad de leer los pormenores de la nueva trama urdida contra la vida del emperador, no tienen mas que echar una ojeada al último número publicado en el mes de febrero del *Correo de Ultramar* (parte política), donde se encuentra detenidamente relatada esta causa célebre.

De otro proceso criminal tambien, aunque de carácter muy distinto, y sobre el cual hemos llamado ya la atencion en estas revistas, vamos á decir cuatro palabras, pues se trata de una experiencia curiosa que se va á efectuar ante el jurado.

Nos referimos á la causa del médico acusado de haber envenenado á una mujer despues de haber hecho seguros sobre su vida por cantidades considerables.

Parece ser que el envenenamiento ha sido producido por la digitalina, sustancia venenosa que tiene, segun dicen, la propiedad de matar sin dejar señales. El crímen se ha descubierto examinando las deyecciones de la víctima.

Ahora bien, estas deyecciones se han recogido cuidadosamente, y hé aquí cuál será la experiencia que se anuncia:

Presentarán ante el jurado una rana con el corazon á descubierto, sin que por esto deje de vivir el animal, al menos durante un tiempo determinado, y contarán las pulsaciones tomando una nota exacta de la decrecencia de la vida.

Sacarán luego otra rana; arrojarán sobre su corazon, á descubierto tambien, una gota de digitalina, y la experiencia demostrará que la muerte sobreviene rápidamente.

Por último, sobre el corazon de otra rana preparada como las anteriores, pondrán una partícula de las deyecciones de la víctima y observarán el efecto.

Es evidente que si esta tercera rana muere sensiblemente mas pronto que la primera y ofrece fenómenos análogos á los que se hayan observado en la segunda, resultará indudable la presencia de la digitalina, y quedará probado el envenenamiento.

La vista de esta causa llamada desde ahora á una gran celebridad, tendrá lugar próximamente.

Y á propósito de experiencias curiosas *in anima vili*, hé aquí otra que promete al que á ella se someta la suma de dos mil libras esterlinas.

Por lo menos, así lo publica el honorable M. Barin en los periódicos de Lóndres. Este señor, que se entretiene en hacer experimentos sobre conejos, perros y gatos, ha tenido veinte y cuatro dias á uno de estos últimos animales asfixiado bajo la campana pneumática, y luego le ha llamado á la vida.

Nuestro buen doctor, despues de haber experimentado sobre los animales, desea saber á qué atenerse en punto á las personas, y ofrece la susodicha cantidad al que quiera hacer el papel del gato. A todo esto sostiene que un hombre puede, sin peligro alguno, permanecer durante quince dias bajo la campana.

Lo que mas choca en este ofrecimiento, es la generosidad del doctor, que podria economizar las dos mil libras haciendo él mismo la prueba de morir y de resucitar con que convida al público.

El gobierno francés ha decidido que pase á Méjico una expedicion de sabios, cuya tarea consistirá en estudiar las riquezas naturales, las curiosidades y las antigüedades mejicanas.

El señor ministro de Instruccion pública, en la exposicion de motivos que precede al nombramiento de la comision, indica las razones y las ventajas de esta expedicion científica.

Hace ya setenta años se formó una mision del mismo género para el Egipto, que estudió esta tierra célebre, teatro de los principales episodios bíblicos; y á imitacion de aquella que llevó á buen fin Napoleon I, va á proceder la expedicion mejicana en la época de Napoleon III.

Los viajeros actuales tienen sin duda un programa mas bello que el de sus antecesores; pues no se trata aquí de doscientas sesenta leguas de terreno llano y árido á menudo, y de un cielo monótono, sino que se trata de Méjico, el pais mas espléndido del mundo por los tesoros naturales que encierra en su seno. En 1855, dice el ministro de Instruccion pública, M. de Saussure ha descubierto, á pocas leguas de Perote, una ciudad entera de que nadie antes que él habia tenido conocimiento. Un viajero americano que marchaba directamente del mar á la ciudad de Méjico por un camino que él mismo se trazó, encontró diez y ocho ó veinte monumentos considerables de que no habia memoria. Las soledades mejicanas reservan iguales sorpresas á los sabios de la expedicion; ellos volverán á la vida esa grande y curiosa página de los anales del mundo que han borrado los siglos, y nuestra generacion, tan ávida en cuanto á las nobles emociones de la historia, verá ensancharse el horizonte donde puede errar su pensamiento.

En suma, la expedicion mejicana prestará servicios á las ciencias geográfica, geológica, medical, histórica, al arte y á la arquitectura, á la física del globo, á la antropología, á la botánica, trazará un mapa exacto de Méjico, y llevará á ese hermoso pais los tesoros científicos del Occidente.

La comision se compone de hombres muy notables, como ministros, un mariscal de Francia, miembros del Instituto, arquitectos, astrónomos, etc. Hé aquí la lista:

El ministro de Instruccion pública, presidente; señores mariscal Vaillant, ministro de la casa del emperador y de bellas artes, miembro del Instituto; el baron Gros, senador, ex-embajador y ex-ministro plenipotenciario en Méjico; Michel Chevalier, senador, miembro del Instituto; el vicealmirante Jurien de la Graviere, ex-comandante en jefe de las fuerzas navales de Francia en Méjico; E. Boussingault, Combes, Decaisne, Faye, de Longperrier, Maury, Milne-Edwards, de Quatrefages, Charles Sainte-Claire-Deville, de Tessan, miembros del Instituto; el baron Larrey, miembro de la Academia imperial de medicina y del consejo de sanidad de la guerra; Angrand, cónsul general que ha sido en Guatemala; el coronel Ribourt, jefe del gabinete del ministro de la Guerra; Viollet-le-Duc, arquitecto; César Daly, arquitecto; Marié-Davy, astrónomo del Observatorio imperial; Vivien de Saint-Martin; Brasseur de Bourbourg; Aubin; Bellaguet, jefe de division en el ministerio de Instruccion pública, y A. Duruy, secretario.

La idea es laudable, y confiada á hombres tan eminentes, no es dudoso que producirá los mejores resultados.

Dos novedades teatrales hemos tenido esta semana.

La primera es un drama en cinco actos y nueve cuadros titulado *Faustina*, escrito por M. L. Bouilhet, y representado con un éxito poco satisfactorio en la Puerta de San Martin. Sin embargo, antes de darse á luz se habia hecho mucho ruido con este drama romano; se dijo que habiéndose mostrado la censura muy severa, una alta intervencion habia terciado para que no se privase al público de esta produccion eminentemente literaria que debia hacer época en los anales dramáticos.

Con estos rumores preparatorios se consiguió un objeto, el de llenar de gente el teatro la primera noche; pero ¡ay! antes de concluir la funcion, pudo comprender la empresa que este drama romano podrá ser una obra de muchas pretensiones, quizá muy del gusto del reducido círculo que admira á M. Ponsard, talento incontestable, mas único en su género; pero que jamás merecerá la aprobacion del espectador moderno, que está muy lejos de apasionarse con las preocupaciones filosóficas de Marco Aurelio ó los amores adúlteros de su esposa Faustina. Lo que sí se ha visto con aplauso, es la *mise en scène*, es decir, las decoraciones y los trajes que son magníficos y de gran verdad histórica.

En cambio, en la otra extremidad de Paris, Jorge Sand ha alcanzado un lauro con el *Marqués de Villemer*, comedia en cuatro actos, representada el lúnes por primera vez en el teatro del Odeon. El argumento ha sido tomado de una de las mejores novelas del mismo autor, obra que la Academia francesa estuvo á punto de premiar hace algunos años con el premio de veinte mil francos. Hoy resucita esta joya literaria bajo la forma de una comedia moral cual ninguna y de un interés extraordinario. Nos falta espacio para analizarla, y así es que nos limitamos á consignar el ruidoso triunfo que ha obtenido en presencia de una concurrencia brillante á cuya cabeza estaban el emperador y la emperatriz con todo lo principal de la córte.

MARIANO URRABIETA.

Las mujeres de nuestro siglo.

CARTAS DE TRES AMIGAS RECOPILADAS

POR MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuacion.)

El alcalde se enjugó los ojos, y acercando los labios al oido de su esposa, le dijo con expresion de cariño y de tristeza:

— Lucía, no me obligues á prometerte semejante cosa: ¡Dios me arrebata tu compañía y no quiero otra! Isabel seguirá gobernando la casa, y para esto no es menester que ocupe tu lugar en ella: ese lugar estará vacío mientras yo viva.

— Isabel es honrada... respondió la moribunda cuyo semblante descompuesto expresó un agudo dolor: conocerá lo que yo te digo, que no parece nada bien que viva en casa de un viudo... que no es viejo, y se volverá á la suya... y entonces... mis pobres pequeñuelos...

— Que los cuiden sus hermanas mayores, dijo Marcial: ya es hora de que sepan.

— ¿Y cuando ellas se casen? ¡Aun serán los niños muy chicos! ¿Y qué te harás tú con tantos? Porque Isabel se irá... se irá... ¿No lo conoces?

Marcial miró á su esposa con aire perplejo.

— ¿No quieres que me vaya desconsolada? preguntó esta: tú, que nada me has negado nunca, ¿me niegas lo que te pido á la hora de la muerte?

Marcial iba ya á responder que haria lo que ella deseaba: pero su dolor fué tan violento, que su cabeza se desvaneció, y aquel hombre colosal cayó sin sentido al suelo.

Sus hijos le sacaron de allí, y poco despues la buena Lucía lanzó el último suspiro.

Pero algunos momentos antes la moribunda, teniendo abrazado á su hijo mayor, murmuró á su oido estas palabras:

— Hijo, no puedo hablar á tu padre ya... pero oye tú un encargo mio... así que tenga Teresa diez y seis años, que se case con Pascual: díselo á tu padre, y haz porque esto se cumpla...

— Así será, madre, respondió el jóven.

— ¿Me lo ofreces?

— Sí, señora.

— ¡Bien! Me voy descansada, porque sé lo que vale tu palabra, y que respetarás la voluntad de tu madre.

Luego murmuró para sí.

— Marcial no se casará... lo sé... me ha querido demasiado para eso... pero á lo menos, ataré á Isabel á mis hijos, ya que no con los brazos del matrimonio, con el único que he podido... ¡Teresa y Pascual me bendecirán, porque se quieren!...

Lucía pidió despues que entrasen todos sus hijos: á todos les abrazó, los bendijo y les dirigió un santo y último consejo, mandándoles que obedeciesen siempre á su buen padre; y rodeada de todos aquellos queridos y dulces rostros, exhaló el postrer suspiro.

¡Feliz la madre que así deja la tierra para volar al cielo, donde le espera la corona destinada á sus virtudes!

IV.

Marcial estuvo muy enfermo y no pudo recoger el último aliento de su esposa, lo que lloró durante toda su vida.

Habia amado á su mujer con un cariño ardiente, inalterable: Lucía habia sido siempre para él la bella y casta jóven á quien llevó al altar cuando contaban ella diez y siete, y él veinte años.

Los ojos de su amor no la habian visto envejecer ni perder sus atractivos: quedó sorda de resultas de uno de sus partos, pero Marcial no habia notado jamás la falta de su oido: Lucía oia muy bien á su marido sin que este levantase la voz, porque le escuchaba con el corazon.

Ni una alegría, ni un pesar habia tenido en su vida que no compartiese con su mujer, en cuyos labios siempre hallaba una sonrisa amiga y consoladora.

Dos meses despues del dia en que el cuerpo de Lucía fué depositado en su postrer morada, el viudo reunió á

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

toda la familia en la sala conyugal, á la que habia mandado le trasportasen no bien salió el cuerpo de Lucía: al verse rodeado de aquella tropa enlutada, el pobre padre abrió los brazos, como si todos los que tenia delante hubiesen cabido en ellos.

Casi á todos cogieron, porque los brazos de Marcial eran muy grandes, y aquel dia los hacia mayores el amor paternal: los chiquitos que se quedaban detrás fueron levantados por los mayores, y cada uno halló su parte de lágrimas y de caricias.

— Hijo mio, dijo Marcial á uno de los muchachos, ¿está en casa Isabel?

— Sí, señor, padre, respondió el preguntado.

— Ve y dile que haga el favor de venir.

Un instante despues volvia el enviado con la viuda.

La buena mujer vestia tambien de luto riguroso: su figura, aun agradable y simpática, demostraba una tristeza profunda: al ver á Marcial y á sus hijos reunidos echó á llorar.

— Isabel, dijo el viudo enjugándose los ojos, es necesario que hable yo con Vd., y ha de ser en presencia de mis hijos: sosiéguese Vd. pues, y óigame con calma:

— Lucía, pocas horas antes de volar al lado del Señor, me llamó y me dijo cuánto era su dolor por no poder dejar una persona al frente de su casa y al cuidado de sus hijos: para remediar este mal, me aconsejó que me casara con Vd., porque sabia gobernarlo todo tan bien como ella.

El viudo, que bajo su apacible corteza ocultaba gran talento, paseó una mirada por todos aquellos jóvenes semblantes; en ninguno de ellos halló el rastro mas leve de impaciencia ó de dolor.

Los muchachos tenian defectos de carácter; pero amaban de tal suerte á su padre, que no concebian la posibilidad de oponerse á su voluntad.

— Isabel, prosiguió el viudo: aunque mi pobre mujer me instó mucho para que le prometiese casarme con usted, yo sé que lo hacia por mi interés y el de sus hijos... y que será mas dichosa en el cielo viendo su sitio vacío, que viéndole ocupado por otra mujer, aunque esa mujer sea Vd... Así pues, Isabel, yo no volveré á casarme: el sitio de mi Lucía en la mesa y en todas partes quedará desocupado... ni mi hija mayor se sentará en él... solo le ocuparán mis ojos y mi pensamiento... ¡así lo quiero y así se hará!

Marcial, al acabar de pronunciar estas palabras se vió abrazado por seis de sus hijos: eran los mayores: en aquellos corazones no habia habido lugar para el enojo; pero habia entrado á paso largo la alegría.

— Tiene Vd. razon, señor Marcial, dijo Isabel: usted volverse á casar... aquella santa mujer bien merece que se respete su memoria... y lo que es por mí, ¡jamás me hubiera atrevido á ocupar el sitio de mi bienhechora y la de mi hijo!

— Ya sabia yo que era Vd. una honrada mujer, dijo el alcalde, y por eso le voy á hablar como se merece. Respóndame Vd., Isabel, lisa y llanamente: ¿tendrá usted valor para seguir cuidando de mi casa y de mis hijos despreciando el *qué dirán* de los maliciosos y desocupados?

— Sí, señor, respondió la viuda con entereza.

— Reflexione Vd. bien antes á lo que se expone: usted no es vieja ni mal parecida; yo no soy viejo tampoco: aquí está muy en uso ese refran que dice: — *Piensa mal y acertarás;* es decir, que se juega Vd. nada menos que su honra viviendo aquí, pues que nadie querrá creer que vivamos como Dios manda.

— ¿Y eso qué importa? exclamó Isabel: ¿no sabrá Dios que cumplimos con lo que él nos ordena obrando bien? ¿no tendremos un sueño muy tranquilo y sosegado? ¡Pues ya basta!

— Es que, insistió Marcial, aun voy á decir á Vd. otra cosa.

— Dígala usted.

— Si Vd. tiene repugnancia á exponerse á las habladurías y piensa salir de mi casa, antes que eso me casaré con Vd., y así se taparán todas las bocas: no quiero que nos deje: mis hijos mayores la estiman: los pequeños la quieren, y así como así, la pobre Lucía no se ofenderá, porque ella misma me lo aconsejaba: solo yo... yo... la verdad, viviria mas dichoso viendo su sitio vacío, segun ya le he dicho antes.

— No seré yo quien le ocupe, repuso Isabel con la misma calma y modestia que no habia desmentido desde el principio de la conversacion: no me casaré con usted, señor Marcial, y le cuidaré su casa y sus hijos.

— ¿Aunque hablen?

— Me haré la sorda.

— ¡Que le llenarán á Vd. las orejas de aire!

— ¡No importa!

— Bien está: ahora, Pablo, Blas, escuchad bien lo que os voy á decir.

Los dos muchachos mayores se acercan á su padre.

— Isabel, prosiguió este, va á ser vuestra madre: como á tal la habeis de respetar.

— Ya lo hacemos así, padre, respondió uno de los chicos.

— Y como, si alguno hablase mal de aquella madre que ya está en la gloria le sacudiriais de firme... ¿no es verdad?

— ¡Al que la tomase en boca, le romperiamos la cabeza! ¡No faltaria mas que consentirlo!

— Decís bien: y lo mismo debeis hacer si ois algun dia hablar de Isabel; de este modo y viendo cómo la defendeis, todos creerán que es buena, porque si no lo fuera, vosotros seriais los primeros á culparla.

— Tiene Vd. mil razones, padre, y no hay miedo de que nadie hable mal de Isabel sabiéndolo nosotros.

— Pues ahora, hijos, cada uno á su quehacer; y á ser buenos, para que vuestra madre sea dichosa allá arriba, y para no darme á mí que penar, que bastante tengo con haberla perdido.

El colosal alcalde volvió á abrazar á su familia, y todos salieron para entregarse á sus respectivos quehaceres, admirando á su buen padre.

V.

¡Qué algazara se advierte en casa de Marcial algunos años despues de los sucesos precedentes! ¿Qué es lo que ocurre, que hay música de guitarras y panderas, y baile y gritos de alegría? ¿Quiénes son esas muchachas que se asoman á la ventana, vestidas con sus trajes de fiesta?

La ventana, mi bella y simpática lectora, ya nos es conocida: ¿te acuerdas de aqnella noche de invierno en que el pobre Pascual, no hallando dónde vender su leña, fué casi maquinalmente á casa del alcalde, donde vivia Teresa, su ángel bueno?

¿Te acuerdas de que Teresa asomó á ella su rubia cabecita para sacudir las mantillas de uno de sus hermanos, y entonces vió á Pascual? Pues ¡quién lo habia de decir! Hoy se han casado Teresa y Pascual, para cumplir la última voluntad de la buena Lucía que mandó que se casaran, así que la niña cumpliera diez y seis años, y no ha podido ser mas acatada, porque hoy mismo los ha cumplido.

Pablo enteró á Marcial de este deseo de su madre, y el plácido rostro del alcalde pintó, al oir á su hijo, la sorpresa y el dolor.

— ¡Cómo! dijo: ¿he de casar á la mas bonita de tus hermanas con ese chico que nada tiene?

— Padre, así lo dispuso mi madre — que Dios haya — respondió Pablo, quitándose el pañuelo de su cabeza, como siempre que nombraba á Lucía.

— ¡Y á todo esto, cuando la pretenden los mas ricos de todos los pueblos vecinos!

— Pero mi madre lo dispuso así.

— ¡Bien, hijo, bien, no seré yo quien la desobedezca! pero ¿no te parece que es un dolor que se case con Pascual, nuestro criado? ¿no merecia ella mas?

— ¡Para mi hermana se me hace poco un rey! respondió Pablo: pero ¿qué remedio? mi pobre madre, ya en sus últimas, me abrazó y me dijo: — Hijo mio, ya no puedo abrazar á tu padre: pero dile que deseo que deje casar á Teresa, así que tenga diez y seis años, con Pascual, y cuida tú de que así se haga. Ya ve Vd., padre, prosiguió el jóven, que debemos darle gusto.

Y Pablo, que era casi tan alto y tan grueso como su padre, que estaba ya casado y era padre de dos niños, echó á llorar al pensar en Lucía, cuando ya hacia ocho años que se habia muerto.

— ¡No hay mas que hablar!... se casarán, respondió el padre que lloraba tambien; pero falta lo principal.

— ¿Y qué es?

— Saber si se quieren.

— ¡Oh, en cuanto á eso!... mi madre sabia bien lo que decia, y creo, padre, que si casáramos á Teresa con otro, se moririan los dos.

En efecto, los niños se amaban desde la cuna, y era difícil hallar pareja mas bonita que la que ellos formaban.

Aquella noche llamó Marcial á su futuro yerno y le lanzó á boca de jarro estas terribles palabras:

— Ya sé que quieres á mi hija.

El pobre muchacho, aterrado, se hizo hácia atrás volviéndose pálido, y se puso despues como la grana.

— ¡Eh! ¡No hay que aturdirse! continuó Marcial: ella te quiere tambien; y por lo tanto, os casareis dentro de un mes; es decir, el mismo dia que Teresa cumpla diez y seis años, porque así lo dejó dispuesto su madre antes de irse al cielo.

— ¡Ah, Dios mio! señor, ¿será cierto? exclamó el pobre Pascual todo trémulo y uniendo sus manos con fervor: ¿podré yo casarme con Teresa, tan hermosa como una santa, tan buena, y además hija de mis bienhechores? ¿Yo, tan pobre, criado aquí por caridad?

— Creo, repuso Marcial gravemente, que cuando empezaste á quererla ya pensarias en casarte con ella; ¿no digo bien?

— ¡Ca! ¡No, señor! respondió Pascual: no pensé en eso, ¡bien lo sabe Dios! ¿Cómo ha de pensar uno en casarse cuando nace? Desde que nací quiero yo á Teresa: cuando era pequeñita no era yo mucho mayor, pero la cogia en mis brazos y se reia conmigo, y si estaba llorando, ¡se callaba!

— Sí, sí; ya sé todo eso, dijo Marcial: y mi Lucía lo debia saber tambien cuando dejó dispuesto que os casara.

— ¡Dios la bendiga! exclamó el futuro esposo de Teresa elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas: aun despues de muerta hace buenas obras y mira por mí, porque ya se acordará Vd., señor Marcial, de que el haber yo venido á esta casa fué porque así se lo pidió á usted aquella santa mujer.

— ¡Sí, hijo, sí, lo sé! ¡por eso te caso con mi Teresa y sigo haciendo su voluntad! Pero oye, Pascual: yo no puedo dar á mi hija lo que le hubiera dado hace seis años... ya sabes que me pusieron un pleito y que lo perdí... mejor dicho, lo quise perder, porque mi abogado me dijo que no tenia yo razon, y que las tierras del otro lado del rio, que yo creia mias, eran de una pobre familia que las necesitaba mas que yo... luego el criar tantos hijos, el casar á los cinco mayores, á pesar del buen gobierno y de los esfuerzos de tu madre, ha hecho venir esta casa muy á menos: estoy casi pobre... y no me da vergüenza de decírtelo.

— Padre mio, repuso Pascual dando al alcalde por la primera vez este dictado cariñoso: lejos de querer yo nada con Teresa, creo que con dármela, me hace usted dueño de todos los tesoros del mundo... ya no se apure usted por nada: yo sé trabajar, y nada ha de faltar á usted mientras yo viva: saque Vd. á los cuatro pequeños adelante con lo que le queda, y Vd. corre de mi cuenta, lo mismo que mi buena madre... ¡ojalá que viviese aun mi otra madre, y yo me tendria por el hombre mas dichoso del mundo valiendo para todos!

Marcial, que durante las palabras de su futuro yerno habia soltado el trapo á llorar, se ahogaba con su emocion de tal modo al llegar aquí, que no supo ni pudo hacer otra cosa que arrojarse en sus brazos sollozando.

— Vamos, vamos, padre; no hay que llorar, ó pensaré que se aflige Vd. de darme á Teresa, dijo Pascual: tanto me alegro de ser su hijo de Vd. como de ser su marido... voy á buscar á mi madre, y delante de ella arreglaremos lo poco que hay que arreglar.

Y el jóven, para evitar una nueva explosion del alcalde, salió trayendo á Isabel asida de la mano.

— Madre, le dijo, el señor Marcial me hace hoy el hombre mas feliz del mundo: debemos los dos besar por donde pisa... me hace su hijo, pues me da á Teresa para que sea mi mujer.

La viuda se arrodilló á los piés de Marcial llorando y pugnó por asir su mano para besarla.

— ¡Ea! ¡basta, que no puedo mas! exclamó Marcial sofocado: ¿á qué esos extremos? Si yo le doy á Teresa, él la hará dichosa, y aun quedo yo debiéndole. Isabel, que vengan esta tarde los chicos, que quiero que se haga el mismo dia que cumpla mi hija los diez y seis años.

En efecto, despues de la comida, toda la familia se reunió en el cuarto del alcalde, que era el mismo que habia ocupado con su esposa.

Tenia ya casados tres hijos y dos hijas, y así estos como los respectivos esposos y esposas abrazaron á Pascual llamándole hermano.

Teresa, sentada al lado del alcalde, parecia la mas jóven de las gracias: un delicado color de rosa vestia sus megillas de alabastro: sus ojos azules oscuros reian llenos de gozo: sus cabellos castaños sombreaban su blanca frente en graciosas ondas.

— Hija mia, dijo Marcial, tu buena madre dejó dispuesto que te casaras con Pascual: ¿eres gustosa en ello?

— Sí, señor padre, respondió la muchacha poniéndose mas colorada.

— Es que si no le quisieras, no creas que tu madre se enojaria allá arriba porque te casaras con otro: habla con franqueza: ¿le quieres?

— ¡Sí, señor, con el alma!

— ¡Toma, toma, exclamó uno de los yernos, que era un muchacho muy rico y bueno como él solo: pues si están mas derretidos! ¿Usted no lo ha conocido, padre? ¡Pues no es Vd. poco bendito!

— Siempre has de ser hablador, Francisco, exclamó Teresa toda abochornada y mirando á su cuñado con enojo.

— ¡Sí! *¡Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades!*

— ¡Callalas ahora que va á hablar padre! le dijo su mujer, que era la hija mayor de Marcial y la misma que estaba en sus trece de casarse con el *mal trabaja*, á quien espantó Isabel con sus tretas.

— Teresa, dijo el alcalde, casi nada te podré dar, hija mia: tus hermanas han salido mejor; pero despues de colocarlas á ellas, perdí el pleito... ya lo sabes... estoy ahora con un pasar mediano y aun me quedan los cuatro pequeños... pero no importa: no saldrás sin nada del lado de tu padre, y despues, si es menester, sabre volver á ganar mi jornal para los otros, que aun estoy fuerte.

— ¡Alto ahí! exclamó Isabel, mi hijo no tomará ni un real, ni un polvo de tierra por el dote de su mujer, y nos veriamos él y yo si lo contrario hiciese.

— Madre, sosiéguese Vd., dijo Pascual, nada quiero mas que á Teresa, que demasiado han hecho en esta casa por Vd. y por mí.

— ¡No que no! exclamó la viuda: mi casa, que ha estado cerrada desde que la madre de estos chicos me trajo á la suya, está bien provista, gracias á la caridad de la que está en el cielo: tiene ropa, vidriado, leña, buena cama, sillas y una mesa: además, está limpia y cuidada como un ascua de oro: en un arca, donde yo me sentaba á llorar cuando mi pobre chico iba al monte á recoger astillas, hay guardaditas tres docenas de duros de mis ahorros y mis hilados en las noches del invierno: cada vez que guardaba uno, decia pensando en mi protectora y en la de Pascual: — ¡Bendita sea, y Dios le dé tanta gloria como me merece! Pues bien: esa casita cuidada y llena de todo la puso la señora Lucía, y ha de ser para su hija: ya estan los chicos arreglados y no hay que apurarse por nada. ¡No faltaba otra cosa sino que despues de sacar Vd. de la miseria á mí y á mi hijo, se fuera á quedar pobre ahora por dar dote á Teresa! ¿Para qué les hace falta? Pascual trabaja por seis, y será para su mujer un marido como pocos, y para usted un hijo tan bueno como los otros. ¡Bastante ha recibido! ¡Ahora le toca dar!

(Se continuará.)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Incendio del museo de Rotterdam.

Un terrible incendio ocurrido en la noche del 14 al 15 de febrero ha destruido el Gemeenlandshuis : el edificio mas hermoso de Rotterdam ya no existe, el bello museo de Boymans ha quedado reducido á una ruina.

En 1662, los magistrados encargados de los intereses del polder Schieland, resolvieron mandar edificar, sobre un terreno cedido por la villa y situado en el vertiente del gran dique que protege de las inundaciones la poblacion baja, su Gemeenlandshuis, ó casas consistoriales, para establecer allí el lugar de sus reuniones y para instalar sus oficinas.

Jacobo Lois fué el arquitecto de esta obra, y levantó un bello edificio cuya fachada adornada con un elegante peristilo y un rico balcon, daba un aspecto grandioso al monumento.

La primera piedra fué colocada por un antepasado de Gysbert Karel van Hogendorp, nombre querido de todos los holandeses, que veneran en él á uno de sus mas distinguidos conciudadanos.

El príncipe de Orange, que tenia seis años á la sazon, el futuro Guillermo III, rey de Inglaterra, plantó con sus propias manos un árbol en el jardin del palacio. Este jardin no existe hace mucho tiempo, pero el árbol, que es un tilo, se ha conservado religiosamente.

Artillería sueca : uniforme de invierno.

COLECCION BURLESCA DE TIPOS MILITARES, POR M. DRANER.

Austria : oficial de cazadores de infantería.

Infantería de línea prusiana.

En 1812 Napoleon I pasó algunos dias en la casa municipal con la emperatriz María Luisa ; en el año siguiente la habitó el mariscal ruso, príncipe Naritzkin, y en 1815 el emperador Alejandro estuvo algunas noches.

En 1842 Schieland vendió su propiedad á la villa de Rotterdam, que estableció allí en 1847 su museo de pintura.

Los cuadros de que se componia este museo eran debidos á la munificencia de M. F. Z. O. Boymans de Utrech, que legó á la villa su galería de cuadros, unos mil lienzos, entre los cuales se hallaban obras maestras de la escuela holandesa, muestras del arte de la edad media, y además una bellísima coleccion de porcelanas chinas y japonesas.

Los señores A. Lamme y A. Z. Lamme, tio y sobrino de Ary Scheffer, fueron encargados de la organizacion del museo; y una vez reunida la magnífica coleccion, cada cual se apresuró á enriquecerla con donativos mas ó menos importantes.

En 1852 las salas de estudio de la Academia de artes y oficios fueron trasladadas al primer piso y á los altos del palacio; así como se llevaron allí tambien los modelos, los yesos y estatuas, y la biblioteca. Desgraciadamente todo esto debia venir á ser presa de las llamas; y en efecto, todo, hasta los diversos objetos pertenecientes á los alumnos, todo ha sido devorado por el fuego.

Gracias á la energía de los bomberos, de la policía y de algunos ciudadanos, se han podido salvar 144 cuadros, entre los que se cuentan cinco de A. Cuyp, dos de Ruysdael, y los restantes de Hobbema, Ostade, Both, Wouverman, Juan Steen, van Everdingen, Nicolás Berghem, Schotel, A. van de Velde, etc.

Pero ¡ay! los mas preciosos han desaparecido : los Holbein, los Alberto Durero, los Greuze, los van Dyck, los Ostade, los Mieris... todos estos han quedado reducidos á cenizas.

El burgomaestre y varios ciudadanos distinguidos se han concertado ya para recoger los restos del museo Boymans. — Los 300,000 florines en que estaba asegurado el edificio formarán los primeros fondos necesarios para la construccion del nuevo museo, que gracias á la generosidad de los habitantes de Rotterdam, será digno se-

El museo de Rotterdam despues del incendio del 14 de febrero.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EJERCITO DINAMARQUES.

Artilleros. Infantes. General. Húsar. Dragon. Cazador.

EJERCITO PRUSIANO.

Artillero. Cazador. Dragon. Uhlan. Coracero. Infantería. 1er reg. Guardia de inf. Soldado de ingenieros.

EJERCITO PRUSIANO.

Infantería, uniforme de campaña. Oficial del 2o reg. de la g. de inf. Tambor del reg. de la guardia Emperador Francisco. General de infantería. Artillero de á caballo. Guardia de corps. Húsar.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

guramente bajo todos conceptos y en un espacio de tiempo no muy largo de la patria de Rembrandt y de Ary Scheffer. A. S.

Paris y Lóndres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

La cárcel de la Force era negra y oscura, de una humedad viscosa y llena de hedor infame. Es extraordinario cómo se manifiesta y se acumula tan pronto en las cárceles sucias y sin ventilacion el olor pútrido que se exhala del sueño aprisionado.

—¡En el secreto! murmuró el alcaide leyendo el auto de prision, ¡como si pudiera caber ya nadie en el secreto!

Pasó el papel por un alambre y volvió á entregarse á su mal humor. El preso, ora recorriendo el aposento de un extremo á otro, ora sentándose en un banco de piedra, esperó cuarenta minutos para que el alcaide y sus acólitos grabasen sus facciones en su memoria.

—¡Sígueme! dijo el jefe tomando al fin las llaves.

Cárlos acompañó á su guia al través de la fúnebre claridad que envolvia los corredores, subió escaleras, las bajó, se paró delante de pesadas puertas que se cerraron rechinando, y fué introducido en una inmensa sala baja atestada de presos de ambos sexos.

Las mujeres, sentadas delante de una larga mesa, escribian, leian ó tenian en la mano la costura ó la media, y la mayor parte de los hombres estaban en pié detrás de ellas ó se paseaban por la sala.

Dominado por la idea instintiva que asociaba en él la palabra presos á la de infamia, Cárlos Darnay se replegó en sí propio al entrar en aquella sala que le causaba horror; pero para que llegase al colmo la inexactitud de la realidad que se habia imaginado, todos los presos se levantaron para recibirle, y le acogieron con la cortesanía refinada de la época, con todas las gracias y todas las seducciones de la vida elegante.

Aquellos modales llenos de finura, aquellos saludos exagerados vistos á la claridad dudosa que penetraba en la sala y apareciendo de pronto entre aquellas paredes sucias y desnudas y en medio de aquel aire impuro, causaron una ilusion á Cárlos que creyó haber descendido á la morada de los muertos. No eran mas que espectros, la sombra de la belleza, la sombra de la grandeza y la elegancia, la sombra del orgullo y la frivolidad, del talento y de la lozanía, y la sombra de la vejez esperando que les sacasen de la orilla, y que dirigian al recien llegado la sombra de las miradas que habian tenido en otro tiempo. Toda aquella multitud estaba muerta al entrar en el sombrío calabozo.

Cárlos permanecia inmóvil; el alcaide que estaba á su lado y los que iban y venian por la sala eran figuras que no formaban contraste alguno con su cargo habitual, pero comparadas con aquellas madres llenas de dolor, con aquellas señoritas nobles y hermosas, con todas aquellas mujeres educadas en el gran mundo, su tosco aspecto parecia tan excesivo que llevaba hasta el último extremo la inverosimilitud de la escena que Cárlos contemplaba.

—Son espectros, pensaba, nada mas que espectros.

Aquella caminata nocturna entre el frio y la lluvia, por caminos llenos de lodo, no era mas que el sueño de su cerebro enfermo, una pesadilla prolongada que evocaba aquellas sombras.

—En nombre de todos mis compañeros de infortunio, le dijo un noble de majestuosa presencia que fué á saludarle, tengo el honor de daros el pésame por la calamidad que os ha traido á este sitio. ¡Dios quiera que termine pronto y felizmente para vos! Por otra parte, podria ser una indiscrecion preguntaros por vuestro nombre y vuestra posicion social, pregunta que no debe ofuscaros en este sitio.

Cárlos se despertó y dió gracias al noble como le fué posible.

—Espero que no os habrán destinado al secreto, repuso el noble siguiendo con la mirada al carcelero.

—Ignoro lo que significa esa expresion, pero la han pronunciado cuando me traian aquí.

—Creed que lo sentimos en el alma, pero no os desanimeis; han puesto ya en el secreto á algunos de los que teneis presentes y han vuelto á salir despues de algunos dias. Tengo el sentimiento, añadió alzando la voz, de anunciar á la reunion que este caballero va á ser conducido al secreto.

Oyóse al momento un murmullo de conmiseracion, y Cárlos, al atravesar la sala para dirigirse á la puerta donde le esperaba su guia, recibió al paso la expresion simpática de los deseos y consuelos que le prodigaban especialmente las mujeres. Se volvió para manifestarles su gratitud, se cerró la puerta, y las sombras que acababa de ver desaparecieron para siempre de sus ojos.

El corredor terminaba en una escalera de piedra que se dirigia hácia los pisos superiores.

Despues de subir cuarenta escalones (apenas hacia tres cuartos de hora que estaba preso y ya contaba lo que le separaba de los vivos), su guia abrió una puerta baja y le hizo entrar en un calabozo húmedo y frio.

—Aquí, dijo el carcelero.

—¿Porqué me encierran aparte?

—No lo sé.

—¿Puedo proporcionarme tinta, pluma y papel?

—No me han dado órdenes sobre este punto; vendrán pronto á verte y podrás pedirlo. Lo único que te permiten por ahora es que compres comida.

El calabozo contenia una silla, una mesa y un jergon. Mientras el carcelero pasaba revista á estos objetos y examinaba el aposento, Cárlos que, apoyado en la pared, le miraba maquinalmente, le encontró el cuerpo y la cara tan hinchados que creyó ver en él un ahogado saturado de agua.

Cuando salió el carcelero, se dijo para sí:

—Me ha dejado aquí como un cadáver.

E inclinándose despues hácia el jergon añadió volviendo el rostro con repugnancia:

—Y cuando se ha cesado de vivir, los gusanos forman la primera trasformacion de la carne.

Se paseó por el calabozo murmurando:

—Cinco pasos y cuatro y medio; cuatro pasos y medio y cinco; cinco pasos y cuatro y medio.

Y voces tétricas repitieron dominando los rumores de la ciudad que llegaban á sus oidos debilitados como el sonido de un tambor cubierto de paño negro:

—¡Hacia zapatos, hacia zapatos, hacia zapatos!

El preso volvió á medir el calabozo, aceleró sus pasos y los contó en voz alta para ahuyentar su dolorosa alucinacion.

—Entre las sombras que se desvanecieron cuando se cerró la puerta, una jóven enlutada estaba apoyada en la reja de la ventana, un pálido rayo de luna brillaba en sus cabellos de oro, y se parecia... ¡En nombre del cielo! Corramos por los caminos, al través de las aldeas, cuyos habitantes, en vez de dormir, bailan con frenesí... ¡Hacia zapatos! ¡hacia zapatos!... ¡Cielos!... Cinco pasos y cuatro y medio! ¡cinco pasos y cuatro y medio!...

El preso, sacudiendo uno tras otro estos girones de frases que surgian de lo profundo de su alma, precipitaba cada vez mas su marcha, contaba con obstinacion los pasos que media, y á los rumores de la ciudad, que remedaba sin cesar el sonido de los tambores fúnebres, se añadian las voces desgarradoras de todos los que amaba.

CAPITULO II.

LA PIEDRA DE AFILAR.

La sucursal que la casa Tellsone habia establecido en Paris ocupaba en el barrio de San German el ala izquierda de un palacio inmenso situado en el fondo de un vasto patio, y una recia y alta pared separaba este patio de la calle y flanqueaba á cada lado una puerta cochera de una resistencia á toda prueba. El noble á quien pertenecia este palacio lo habia habitado hasta el momento que huyó de la capital disfrazado con el traje de su cocinero, dirigiéndose á toda prisa hácia la frontera mas próxima. Aunque podia compararse al ciervo aterrado que huye al oir el primer grito de la caza, no dejaba de ser en su metempsícosis el gran señor cuyo chocolate exigia en otro tiempo para llegar hasta sus labios la cooperacion de cuatro hombres robustos, sin contar el que lo fabricaba.

Luego que partió Su Excelencia, sus robustos criados se absolvieron del crimen de haber recibido su salario, y se declararon dispuestos á cortarle el cuello. Su palacio habia sido confiscado: las cosas iban tan de prisa, y los decretos se sucedian con tanta rapidez, que el 3 de setiembre por la noche algunos emisarios de la ley estaban en posesion del palacio, que habian adornado con una bandera roja, y bebian aguardiente en sus lujosos salones.

En Lóndres un local semejante al que Tellsone ocupaba en el palacio de Su Excelencia, hubiera contribuido á que esta trasformacion se citase como un fenómeno extraordinario en la Gaceta. ¿Qué hubieran dicho en efecto la responsabilidad y la respetabilidad británicas al ver naranjos en el patio de una casa de comercio y un Cupido sobre el escritorio? Esto existia sin embargo en Paris. Es verdad que Tellsone habia blanqueado con cal al pérfido niño, pero se le veia aun con su ligero traje, suspendido del techo, desde donde (lo que sucede ¡ay! con tanta frecuencia) asestaba escudos desde la mañana hasta la noche. En Lombard-street de Lóndres, la bancarrota hubiera salido infaliblemente de aquel dios pagano, de la alcoba de cortinajes elegantes situada detrás de este niño inmortal, del espejo incrustado en la pared, y de sus dependientes jóvenes y alegres que hubieran bailado en público á la menor invitacion; pero un Tellsone francés podia hacer excelentes negocios con estos excesos, y desde su orígen ni un solo cliente habia emprendido la fuga á su aspecto ni habia temblado por su fortuna.

¿Cuántas restituciones tenia que hacer Tellsone en adelante? ¿Cuánto dinero no reclamado quedaria en sus arcas? ¿Cuántas alhajas y vajillas de plata se oxidarian en sus escondites despues de la muerte de los que las habian depositado? Entre aquellas cuentas corrientes, ¿cuántas habria cuyo balance no se haria en este mundo? Nadie hubiera podido decirlo, ni aun el mismo M. Lorry, á quien estas preguntas hacian discurrir á todas horas.

El agente de Tellsone estaba junto á la chimenea (se hacia sentir el invierno prematuro) y en la bondadosa fisonomía de M. Lorry se veia una sombra mas densa que la que podian proyectar los objetos que le rodeaban. En su fidelidad á la casa, de la que habia llegado á ser una parte integrante, se habia hospedado en el palacio, y su aposento estaba inmediato al escritorio. La casualidad permitió que estuviese protegido por la ocupacion patriótica del edificio principal, pero ese hombre excelente no lo habia calculado: con tal que cumpliese con su deber, lo demás le era indiferente.

En la parte opuesta del patio, enfrente de la habitacion de M. Lorry, estaba la cochera del palacio sostenida por una columnata donde se veian aun las carrozas de Su Excelencia, y en una de las pilastras habia sobre un sustentáculo de hierro dos antorchas que ardian al aire libre y esparcian su resplandor rutilante sobre una enorme piedra de afilar, maquina tosca, traida allí de la tienda de algun carpintero.

M. Lorry, que se habia acercado á la ventana, palideció al ver estos objetos, inocentes por sí propios, y volvió á sentarse junto á la chimenea. Habia abierto para colocar las persianas, y se estremecia de piés á cabeza.

A los rumores de la tarde que zumbaban en la ciudad, como sucedia todos los dias, se agregaba á diversos intervalos alguna cosa que nada tenia de terrestre; un rumor indefinible, sonidos punzantes y desconocidos que subian hasta el cielo.

—¡Dios mio! murmuró M. Lorry cruzando las manos, os doy gracias por no tener en esta ciudad ninguno de los seres que amo tanto. ¡Compadeceos sin embargo de los que están en peligro!

Muy pronto se oyó la campanilla de la puerta principal.

—¡Ya vuelven! pensó el agente que escuchó á pesar suyo.

Pero no se verificó una invasion estrepitosa en el patio como esperaba, porque la puerta volvió á cerrarse lentamente, y reinó de nuevo el silencio en el palacio.

La emocion febril y el horror que sentia acrecentaban en M. Lorry la vaga inquietud que causa siempre la responsabilidad de un cargo importante. El banquero se levantó — la caja y los libros estaban bien guardados — y se disponia á reunirse con los leales dependientes que velaban en el escritorio, cuando la puerta se abrió de pronto y dejó pasar á dos personas, cuya aparicion le hizo retroceder de sorpresa.

¡Eran Lucía y su padre!... Lucía con los brazos extendidos y el aspecto desesperado de los tiempos de desgracia.

—¿Qué sucede? preguntó M. Lorry con estupor. ¿Qué significa esto, doctor Manette? Lucía, ¿porqué estais en Paris? ¿Qué desgracia os ha traido?

Lucía, pálida, azorada y con los ojos fijos se arrojó en los brazos del anciano.

—¡Mi marido! dijo con voz anhelosa.

—¿Vuestro marido, hija mia?

—Sí... Cárlos.

—¿Qué le ha sucedido?

—Está aquí.

—¿En Paris?

—Hace algunos dias... tres ó cuatro, no lo sé... ya no tengo memoria. Una excitacion á su pundonor le hizo partir sin decirme nada... Le prendieron al entrar en Paris y está en la cárcel.

Se exhaló un grito del pecho del anciano.

Al mismo tiempo se oyó la campanilla de la puerta principal, y voces y pasos se precipitaron con violencia en el patio.

—¿Qué estruendo es ese? preguntó M. Manette que corrió hácia la ventana.

—No abrais, exclamó M. Lorry; ¡doctor, en nombre del cielo, no os asomeis!

El doctor se volvió sonriendo y le dijo con calma:

—No temais, amigo mio; soy para ellos un ser sagrado. No hay en Francia un patriota, que al saber que he estado en la Bastilla, pusiera la mano sobre mi sino para estrecharme en sus brazos ó llevarme en triunfo. El recuerdo de mi antiguo martirio me abrió libre paso en Paris y me ha hecho saber dónde estaba Cárlos y llegar hasta vos. No dudaba de mi influencia, y Cárlos se salvará, como se lo he prometido á Lucía. Pero ¿qué ruido es ese?

—¡No os asomeis... os lo suplico! Ni vos tampoco, ángel querido, dijo rodeando con el brazo la cintura de la jóven. No os lo digo para que os asusteis, porque os juro que no tengo noticia alguna alarmante respecto de Cárlos, y ni siquiera llegué á figurarme que hubiera venido á Paris. ¿En qué cárcel está?

—En la Force.

—¡En la Force!... Lucía, hija mia, si habeis sido alguna vez buena y animosa, y lo habeis sido siempre... os suplico que no os alarmeis. Haced lo que voy á deciros, lo cual es mucho mas importante de lo que podeis imaginaros. Nada podreis hacer esta noche, porque os será difícil salir. Os lo digo en nombre de Cárlos y por su interés; sé cuán penoso es el sacrificio; pero entrad en mi habitacion y dejadme solo con vuestro padre. Os lo suplico, obedeced; dejadnos solos pronto... pronto, en nombre de los que os aman.

—Ya sabeis, amigo mio, que soy obediente y sumisa, pero no me engañariais, porque os lo conoceria en la cara.

El anciano la abrazó y la condujo á un aposento inmediato, cuya puerta cerró con llave. Cuando volvió al lado del doctor, abrió la ventana, alzó ligeramente las persianas, y él y M. Manette dirigieron su mirada al patio.

Hallábanse reunidos allí mas de cincuenta individuos de ambos sexos.

Cuando el centinela les abrió la puerta corrieron hácia la piedra de afilar y se pusieron á trabajar con ahinco. Habian traido indudablemente para ellos aquella máquina, para que pudiesen entregarse sin estorbo á su tarea.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Pero ¡qué personajes eran aquellos! ¡qué tarea la suya!

La máquina tenia doble manecilla para dar movimiento á la rueda, y dos hombres la manejaban con furia, dos demonios cuyo rostro, cercado de largos cabellos que caian hácia adelante y se dirigian hácia atrás á cada vuelta de la rueda, tenia un aspecto mas horrible que el de los mas repugnantes salvajes. Cejas y bigotes enormes parecian pegados á sus asquerosas máscaras; sus facciones, manchadas de sangre, estaban desencajadas por los gritos y el coraje: sus ojos dilatados y fijos lanzaban miradas hoscas y estaban enrojecidos por la embriaguez y el insomnio. Mientras daban vueltas á la máquina azotándose el rostro con sus despeinados cabellos que caian despues sobre el cuello y los hombros, algunas mujeres les llevaban el vaso lleno de vino hasta los labios para que pudieran beber sin pararse, y las gotas rojizas que se desprendian de sus caras y de sus vestidos y las chispas que brotaban de la piedra creaban en torno suyo una atmósfera infernal.

No se veia en aquel grupo ninguno que no estuviese tinto en sangre. Unos, desnudos hasta la cintura, llevaban el cuerpo y los miembros manchados, otros vestian harapos impregnados de sangre, y algunos hombres estaban diabólicamente adornados con cintas y encajes que habian teñido en el cieno sangriento. Los cuchillos, las hachas, las bayonetas ó los sables, todas las armas que habian traido para afilar, estaban rojas y húmedas. Pedazos de tela anudaban en la muñeca de algunos los aceros de filo embotado, pero aunque el tejido era diferente su color era igual, y cuando los dueños de aquellas armas las arrancaban de las chispas y se precipitaban en la calle blandiéndolas con frenesí, el tinte rojo que habia desaparecido del acero se encontraba en sus miradas, que un espectador que no hubiera perdido el juicio habria querido apagar con una bala á precio de veinte años de existencia.

Todo esto fué visto en un momento. El hombre que va á ahogarse ó se halla enfrente del peligro, veria un mundo en un minuto si lo tuviera ante sus ojos.

Los dos amigos se apartaron de la ventana, y el doctor interrogó con la mirada al banquero acerca de aquella vision.

— Asesinan á los presos, dijo el anciano bajando la voz y lanzando en torno suyo una mirada. Si es cierto que teneis la influencia de que hablábais antes, daos á conocer á esos salvajes y corred con ellos á la Force. No sé si será tarde, pero no hay que perder un segundo.

El doctor salió precipitadamente y sin sombrero de la habitacion, y llegó al patio en el momento que M. Lorry volvia á asomarse á la ventana.

Sus largos cabellos canos, su rostro venerable y la confianza con que penetró en medio de las armas que apartaba al pasar, llenaron de asombro á los espectadores, y en menos de un minuto llegó al centro del grupo que rodeaba la piedra. La máquina se paró, y hubo un momento de silencio. Despues se oyó un murmullo que fué creciendo, y al cual se unió la voz del doctor.

M. Lorry vió que el grupo se movia, que veinte hombres rodeaban á M. Manette, y que salian del patio gritando:

— ¡Viva el preso de la Bastilla! ¡Plaza al preso de la Bastilla!

— ¡A la Force á libertar al yerno del preso de la Bastilla!

El banquero cerró la ventana, y se apresuró con el corazon palpitante á ir á reunirse con Lucía para decirla que su padre, auxiliado por el pueblo, corria á libertar á Cárlos Darnay.

Lucía tenia á su lado á su hija y á la señora Pross, pero el banquero no reparó en ellas hasta algunos minutos despues, cuando sentado junto á la chimenea recobró toda la sangre fria que era posible tener despues del horrible espectáculo que habia presenciado.

La pobre jóven abismada en el estupor, estaba de rodillas asiéndose de la mano del banquero como de su último apoyo. La señora Pross habia acostado la niña en la cama de M. Lorry, y su cabeza, inclinándose poco á poco, habia caido sobre la almohada.

¡Qué larga fué la noche al lado de aquella mujer desconsolada! ¡Qué larga fué, Dios mio! El doctor no volvia, y no se sabia si habia triunfado ó sucumbido.

Dos veces se oyó la campanilla de la puerta principal, dos veces invadió el patio la turba, y dos veces dió vueltas la máquina haciendo brotar chispas de la piedra en medio del estruendo.

— ¿Que es eso? preguntó Lucía con terror.

— ¡Silencio, hija mia! Se afilan aquí los sables de los soldados. El palacio es ahora propiedad de la nacion, y sirve de taller para fabricar armas.

Sin embargo, la segunda invasion habia sido mas breve que las demás, y los afiladores habian trabajado con menos entusiasmo.

Pocos momentos despues empezó á brillar el primer albor de la mañana.

M. Lorry se desprendió con suavidad de la mano de Lucía, se acercó á la ventana, la abrió con precaucion y dirigió una mirada al patio.

Yacia junto á la piedra de afilar un hombre tan ensangrentado, que se le hubiera tomado por un hombre tendido en el campo de batalla. Extenuado por la matanza, se levantó penosamente, lanzó en torno suyo una estúpida mirada, y descubriendo á la luz de la aurora una de las carrozas de Su Excelencia, se dirigió bamboleándose hácia el suntuoso carruaje, subió á él, cerró la portezuela y se durmió sobre sus elegantes almohadones.

La tierra, esa máquina colosal, habia dado vuelta cuando M. Lorry se asomó segunda vez á la ventana, y el sol enrojecia las losas y las paredes del patio. Unicamente la piedra de afilar se distinguia en la atmósfera tranquila de la mañana, y tenia un reflejo rojizo que el sol no dió nunca, y que no puede borrar su luz.

CAPITULO III.

LA SOMBRA.

Una de las primeras consideraciones que acudieron á la mente de M. Lorry, fué que no tenia derecho para comprometer los negocios de Tellsone hospedando en su casa á la esposa de un emigrado. Hubiera sacrificado por Lucía y por los seres que amaba su fortuna, su libertad y su vida sin vacilar un instante; pero el depósito que se le habia confiado no era suyo, y bajo este punto de vista era el agente escrupuloso y rígido de la casa que en él depositara su confianza.

Pensó en Defarge, y le ocurrió la idea de ir á encontrar al tabernero para preguntarle cuál era el sitio de aquella ciudad en desórden donde podria hospedarse con mas seguridad una mujer, pero la misma consideracion le hizo renunciar á este proyecto: Defarge vivia en el arrabal mas revolucionario de Paris, estaba indudablemente empeñado en la obra terrible del barrio de San Antonio, y era peligroso llamarle la atencion.

Como eran las doce del dia y el doctor no habia vuelto, y cada minuto de dilacion podia comprometer el banco, M. Lorry manifestó su inquietud á Lucía, la cual le respondió que M. Manette tenia intencion de alquilar una habitacion en las inmediaciones. Esta determinacion no perjudicaba los negocios, y siéndoles imposible partir, aun suponiendo que Cárlos fuese puesto en libertad, M. Lorry salió al momento á buscar una habitacion, y no tardó en hallar una conveniente, situada en una calle silenciosa y melancólica, cuyas casas anunciaban con sus persianas cerradas que estaban desiertas.

Condujo allí inmediatamente á Lucía, á la niña y á la señora Pross, y les proporcionó todas las comodidades posibles. Les dejó para servirles á Cruncher, en quien tenia confianza, para custodiar la puerta y recibir sin quejarse una granizada de golpes en la cabeza, y volvió á su despacho. Se puso á trabajar con el corazon muy triste y el alma atribulada, y trascurrió para él el dia con dolorosa lentitud.

Pero llegó la noche y se cerró el despacho, y M. Lorry volvió á encontrarse solo en el aposento donde estaba la noche anterior, y reflexionaba sobre lo que iba á hacer, cuando se oyó ruido de pasos en la escalera. Algunos instantes despues entró en el aposento un hombre que contempló al banquero con mirada atenta y le dirigió la palabra llamándole por su nombre.

— Servidor vuestro. ¿Me conoceis acaso? le preguntó M. Lorry.

Era un hombre robusto, de cuarenta y cinco á cincuenta años, cuya enérgica cabeza cubria una cabellera negra, recia y rizada.

— ¿No me conoceis? dijo en vez de responder.

— Efectivamente, os he visto...

— En mi taberna.

— ¿Venis de parte del doctor? repuso vivamente el banquero.

— Sí, del ciudadano Manette.

— ¿Qué os ha dado para mí?

Defarge entregó á la mano trémula que se dirigia hácia él una hoja de papel donde se leia lo siguiente:

« Carlos está sano y salvo, pero seria imprudente separarme de él. He conseguido que el dador se digne encargarse de un recado del preso para Lucía: conducidle al lado de mi hija. »

M. Lorry, libre de un gran peso con la lectura de estas líneas, dijo á Defarge:

— ¿Quereis ver á la señora Darnay?

— Sí, respondió el tabernero.

El anciano tomó el sombrero sin reparar en el tono seco y automático de las palabras del ciudadano, y se dirigió al patio donde encontraron dos mujeres, una de las cuales hacia media.

— ¡Señora Defarge! exclamó M. Lorry que la encontraba cual la habia dejado diez y siete años antes.

— La misma, respondió el tabernero.

— ¿Viene con vos? preguntó el anciano al ver que se disponia á seguirles.

— Para conocer á la gente es preciso verla.

M. Lorry, que principiaba á reparar en el tono breve y las maneras del tabernero, le miró con expresion de inquietud, pero abrió la marcha y se dirigió á la casa de Lucía.

De las dos mujeres que le seguian, la segunda era la Venganza.

Cruzaron con rapidez las calles por donde habian de pasar, subieron la escalera, fueron introducidos por Ferry, y encontraron á Lucía sola y llorando. Grande fué su alegría al oir las noticias que le dió el anciano, y estrechó la mano que le presentaba el billete de Cárlos, sin sospechar lo que habia hecho esta mano en las dos noches anteriores, y lo que la casualidad tan solo le habia impedido hacer contra Cárlos.

« Animo, querida mia, decia el billete; estoy sano y salvo, y tu padre ejerce gran influencia en torno mio. No trates de contestarme, y da un beso á nuestra hija. »

El papel no decia mas, pero estas cortas líneas eran tan preciosas para quien las recibia, que en su gratitud se volvió hácia la señora Defarge y le besó la mano.

En vez de corresponder á esta demostracion de gratitud, la mano volvió á caer fria é inerte, y continuó haciendo media.

Lucía se contuvo helada por aquel contacto, cuando iba á ponerse en el seno el billete de Cárlos, y miró á la tabernera con terror.

La señora Defarge arqueó las cejas, y contempló con mirada impasible y fija el aterrado rostro de la jóven.

— Querida, dijo M. Lorry para explicar la visita de la tabernera, los trastornos son comunes en el tiempo que alcanzamos, y aunque no es probable que os causen desgracia alguna, la señora Defarge ha deseado veros para reconoceros y protegeros cuando llegue el caso. Creo, añadió M. Lorry cada vez mas turbado por la impasibilidad de los tres personajes presentes y deteniéndose á cada palabra, creo, ciudadano Defarge, que debemos hacer un esfuerzo para salvar al preso.

El ciudadano lanzó una mirada sombría á su mujer, y solo respondió con un sordo gruñido que podia creerse afirmativo.

— Lucía, continuó el banquero con ademan y acento de conciliacion, dignaos llamar á la señora Pross y á la niña. Ciudadano Defarge, la señora Pross es inglesa y no sabe el francés.

La señora Pross, íntimamente convencida de que valia tanto, si no mas, que una extranjera cualquiera, no era mujer que se dejase abatir por la desgracia ó desconcertar por el peligro, y se paró delante de la Venganza, cuyos ojos se habian clavado desde luego en ella, y dijo en inglés:

— Esta mujer puede alabarse de ser fea.

Despues tosió con ademan de reto mirando cara á cara á la tabernera, pero ni la señora Defarge ni la Venganza repararon en ella.

— ¿Es su hija? preguntó la tabernera designando á la tierna Lucía con su aguja de hacer media, como si esta aguja hubiese sido el dedo del destino.

— Sí, señora, respondió M. Lorry, es la hija de nuestro pobre preso, su hija única.

La sombra de la tabernera cayó tan densa y amenazadora sobre la pobre niña, que Lucía se arrodilló cerca de su hija y la estrechó contra su corazon.

La sombra fatal se extendió entonces sobre la madre y sobre la hija, envolviéndolas con un velo fúnebre.

— Bien; ya las he visto; podemos salir, dijo la señora Defarge.

Habia en el acento con que fueron pronunciadas estas palabras una expresion tan terrible, que Lucía, deteniendo con mano suplicante á la tabernera asiéndola del vestido, le dijo:

— Sereis buena para mi marido, no le hareis mal. ¿Podreis alcanzarme el permiso para verle?

— No pienso en tu marido, respondió la señora Defarge, sino en la hija de tu padre.

— Pues sed buena por mí... ¡por mi hija! Mirad cómo cruza las manos para suplicaros que seais generosa. Ya lo veis, os tememos á vos mas que á todos nuestros enemigos.

La ciudadana recibió esta confesion como un cumplido, y se volvió á su marido.

Defarge, que se mordia la uña del dedo pulgar con angustia, tomó una fisonomía mas severa bajo la mirada de su mujer.

— ¿Qué te dice el preso en ese billete? preguntó la señora Defarge á Lucía; ¿no habla de influencia?

— Dice que mi padre tiene mucha, respondió Lucía sacando el billete del pecho y fijando en la tabernera sus hermosos ojos llenos de terror.

— Tu padre le pondrá en libertad, dijo la señora Defarge con indiferencia.

— Compadeceos de nosotros, exclamó Lucía con fervor, os lo pido en nombre del cielo. No ejerzais vuestro poder contra mi pobre marido... os aseguro que es inocente... Haced que le vuelvan á mis brazos. Sois mi hermana porque sois mujer... ¡tened piedad de una esposa y de una madre!

Despues de mirar friamente á la suplicante, la señora Defarge se volvió hácia la Venganza y dijo con voz glacial:

— Nunca se ha hecho caso de las esposas y las madres que hemos conocido nosotras, y con frecuencia les han arrancado sus padres y maridos para hundirlos en un calabozo. Desde que estamos en el mundo hemos visto sufrir á nuestras hermanas en su persona y en la de sus hijos, y padecer frio, hambre, sed, opresion y todas las miserias y todos los desprecios.

— No hemos visto otra cosa, dijo tranquilamente la Venganza.

— Pues bien, repuso la señora Defarge dirigiéndose á Lucía, ¿crees que pueda interesarnos el dolor de una esposa y de una madre?

Y volviendo á hacer media, salió acompañada de la Venganza y seguidas de Defarge que cerró la puerta.

— ¡Valor, hija mia! dijo M. Lorry alzando á Lucía; ¡valor! Todo va bien. ¡Qué diferencia entre vuestra suerte y la de tantas otras criaturas! Vamos, hija mia, no os desconsoleis; debeis estar agradecida á la Providencia.

— Lo sé, y no soy ingrata con ella; pero esa mujer ha lanzado sobre mi una sombra que oscurece el porvenir y mata mi esperanza.

— ¿Cómo? ¿qué significa ese desaliento? repuso el anciano. Una sombra, querida Lucía, no tiene sustancia y por consiguiente no es de temer.

A pesar de cuanto podia decir, los Defarge habian tendido tambien su sombra sobre él, y en el fondo de su alma sentia una extraña agitacion.

(Se continuará.)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

BAILE DE TRAJES DE LA MEDIA CUARESMA EN CASA DE LA BARONESA *. — Dibujos de Bertall.**

Los apuros de la eleccion. — ¿Me disfrazaré de sultana, de aurora, de cerradura, de crepúsculo de la tarde, de gata, de brisa nocturna, de marquesa... ó de salvaje?

Señoras en busca de disfraces.

Consulta con el fabricante de trajes á la moda. — En suma, necesito un traje sencillísimo. Algo que no se haya visto nunca, rico, elegante, de buen gusto; lo demás me es indiferente, pero ante todo que sea mas bonito que el de la condesa de...

¡Qué marido tengo! No es capaz de darme la mas ligera idea para vestirme de máscara. ¿A quién acudir, Dios santo?

El peluquero á la moda. — Lo siento en el alma, señora, pero todas mis horas están tomadas ya, y solo puedo peinar á Vd. á las cuatro y media de la madrugada.

Francamente, Justina, ¿te parece que podré ir de falda corta? El traje de estrella me sienta perfectamente; pero jamás se ha visto una estrella con falda larga.

La forma es así así, pero el perfil es admirable.

Como es buena figura, luce sus encantos.

Si lleva botas, tiene sus razones.

Un cuerpo como hay pocos. ¡Es lástima que la cabeza no acompañe!

Pretensiones infundadas.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

BAILE DE TRAJES DE LA MEDIA CUARESMA EN CASA DE LA BARONESA *** —Dibujos de Bertall.

Un artista que desea no ser reconocido.

Capita veneciana para hombre formal.
— Yo tambien soy un hombre formal, y por eso estoy de payaso, pues á ser de otro modo estaria de arlequin.

El trapero galante.
— ¡Hermosa maja, esto... y mi corazon!

Un pito del tiempo de la Regencia.

Victima del disfraz.
— Mi querido esquimal, si tienes frio acércate un poco á la chimenea.

Un accionista de la sociedad de crédito de las Trufas del Perigord.

Pollo con espolones premiado por la sociedad imperial de aclimatacion.

— Sí, milor, siento mucho haber venido de istmo de Suez; ni siquiera me atrevo á sonarme por miedo de desteñir mi nariz.

— ¿Dices que sobran marquesas? ¡Salvaje! Pues yo, como he sido militar, me complazco en respirar el olor de la pólvora.

Despues del baile.
— ¡Qué horrible estaba la señora de R...!
— ¡Qué piernas! parecian las columnas de Hércules.
— En cambio las de la señora de H... eran horquillas.
— ¿Y don Fulano? ¡Qué hombre tan ridículo!
— ¿Pues y don Zutano? ¡Qué grosero!
— La señorita S... todo lo exagera.
Y la conversacion continúa de este modo durante dos semanas sin otra variacion que la de los nombres.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El corredor de playa.

(Continuacion.)

Y recorriendo con su vista toda la estancia, sus ojos se fijaron en la jóven, y entonces lanzó un grito y dijo con singular sonrisa:

— ¡Isabela, Isabela!

Y despues, como si el conocimiento le volviese en aquel momento, permaneció un instante silencioso; despues el terror se pintó en su semblante, y exclamó cubriéndose el rostro con las manos:

— ¡Oh, desgraciada! ¡Padre mio! ¡Padre mio!

— Habia tanto dolor en su acento, que Bella, trémula de emocion, pudo apenas contener su llanto. Entonces el doctor, volviéndose á los que le acompañaban, exclamó:

— Amigos mios, dejadme solo con él. Advierto una mejoría sensible; pero necesito reconocer de nuevo sus heridas; para eso me ayudará como ayer esta excelente anciana.

Todos dejaron la estancia excepto la tia Clara y el doctor, y José repuso, despues de un instante de reflexion:

— Si ese hombre es Bosacg, es preciso hacerle la justicia de confesar que no tiene cara de asesino.

— Pues ¿quién lo duda? Ko el vagabundo os ha engañado, repuso el padre Stock. El herido se lamenta y habla como si tuviera á su padre en un gran peligro; ya veis que eso no tiene nada de comun con el encuentro de contrabandistas y gendarmes.

— ¿Quién sabe si el padre de Bosacg estuvo presente en la refriega?

— Además nombra frecuentemente á su hermana que se llama Isabel, prosiguió la jóven; y si viérais, cuando murmura ese nombre, hay en su acento tanta ternura, que conmoveria á un corazon de piedra.

— En efecto, todo eso no parece convenir á un contrabandista, murmuró José; pero escuchad, el doctor habla con él, y quizá nos dará alguna luz. A qué nos hemos de romper inútilmente la cabeza. Su acento parece pertenecer á la Flandes occidental.

— Habla tambien francés, José: cuando le encontramos le creiamos francés.

— Y lo es, hija mia, murmuró el anciano. Sin duda ninguna es natural de la Flandes francesa.

— Callad, murmuró Bella procurando dominar su emocion, él es quien habla. Sin duda dice quién es: el doctor nos lo dirá.

Y escucharon con ansiedad, pero en vano: en el vago rumor que hasta ellos llegaba podian apenas percibir una frase completa. De vez en cuando el doctor tomaba la palabra, y por ella creyeron comprender que el jóven herido se quejaba de su suerte.

Cuando todavía nuestros tres personajes escuchaban con ansiedad, la puerta de comunicacion se abrió, y el doctor bajó lentamente la escalera.

Tomó su sombrero y su baston como si tuviera prisa para salir, y exclamó:

— ¡Desgraciado! ¡qué historia tan triste! ¿Cómo permite Dios semejante crueldad? curará; pero hoy mas que nunca tiene necesidad de reposo. No puedo detenerme á referiros lo que me ha revelado; la anciana que está ahí dentro os lo dirá todo. Tiene buena razon y un corazon excelente; seguid su consejo, y hasta mañana. No temais: á menos que no ocurra un accidente imprevisto, el enfermo se encuentra fuera de peligro.

El doctor acababa de salir cuando la tia Clara bajó la escalerilla enjugando aun las lágrimas que corrian de sus ojos.

Bella y José corrieron á su encuentro dirigiéndole mil preguntas; la anciana guardó silencio un instante, y despues, como si hubiera reunido su valor para contar lo que habia oido, volvió á la escalera, cerró la puerta, y sentándose entre ellos, exclamó:

— Sentaos y no hagais ruido; si sus desgracias os hacen llorar, que él no os oiga al menos.

— ¿Quién es, tia? preguntó Bella con voz apenas inteligible.

— ¿Es Bosacg? repuso José.

— ¡Qué Bosacg! ¿estás loco? refunfuñó la tia, y bajando aun mas la voz y acercándose á su auditorio, exclamó: Ese jóven caballero es un conde francés.

— ¡Un conde! exclamaron los tres sin cuidarse en su sorpresa de bajar la voz.

— Sí, un conde que nunca ha hecho mal á nadie; por el contrario, es una inocente víctima de los acontecimientos que agitan hoy á la Francia.

— ¡Ah! respiro, dijo la jóven con radiante expresion.

— ¡Callad, Bella! os puede oir.

— ¿Y es un hombre rico?

— Rico, como que habita un magnífico castillo entre Bergues y Dunkerque.

— Entonces es preciso ir á avisar á sus padres para que vengan á recogerle y...

— ¿Quieres callar, José? Hablas siempre como un aturdido.

— Pero, hermana, contadnos lo que sabeis; de otro modo no nos entenderemos nunca.

— Tiene razon mi padre, repuso Bella con acento suplicante.

— Corriente; pero que José se calle, y acercaos, porque debo hablar muy bajo. Como ya os he dicho, ese jóven habita entre Bergues y Dunkerque, y se llama Edmundo de Milval.

— ¡Edmundo de Milval! ¡qué bonito nombre! murmuró la jóven.

— Su padre era realista, y fué acusado de conspirador y preso. Como se buscaban otros conspiradores, se le encerró provisionalmente en la casa de ayuntamiento de la ciudad vecina: al dia siguiente él y otros debian ser juzgados por un tribunal; loco de dolor y extraviado por las angustias de su madre y de su hermana, el jóven M. de Milval resolvió hacer una tentativa para salvar á su padre y huir con él á Flandes. Secundado por algunos aldeanos, logró hacerle salir de la prision y corrieron en medio de la noche hácia la frontera; pero fueron perseguidos, y en el instante mismo en que iban á penetrar en las dunas flamencas y á creerse en libertad, los detuvieron y rodearon; entonces se entabló una verdadera lucha, y el jóven Milval cayó herido en la arena viendo desaparecer á su padre entre sus perseguidores. Recuerda despues confusamente que trató de reponerse, y solo, extraviado, caminó por entre las dunas una gran parte de la noche, hasta que desfallecido por la pérdida de sangre, sin vida, cayó de seguro en el sitio en que le habeis hallado. ¡Pobre hombre! Encontrarse herido en una casa extraña, y sin saber lo que habrá sido de sus padres y de su hermana; ¡qué horrible incertidumbre!

A estas palabras siguió un profundo silencio en el auditorio; pero todos estaban igualmente conmovidos.

José, con una sobreexcitacion sin igual, se retorció convulsivamente los brazos y dió un puñetazo sobre la mesa.

— ¡Eh, majadero! ¿qué te da? repuso severamente la tia Clara.

— ¿Qué me da? repuso José con ronco acento: gana de hacer trizas á sus perseguidores.

— ¡Vaya, vaya! modera tus ímpetus, José; nunca hablas en razon.

— Decid lo que se os antoje, pero mañana voy á Bergues á buscar noticias de su familia para ese pobre hombre.

La jóven tomó su mano con gratitud, aunque diciéndole con acento suplicante:

— Pero no hableis tan alto. ¿No veis que os va á oir?

— ¡Está loco! No le hagas caso; no irá, ni hace falta, interrumpió la anciana. El médico se ha encargado de traer noticias ciertas, prohibiéndonos estrictamente averiguar nada por nuestra parte. Hoy mas que nunca interesa ocultar que tenemos en casa ese infeliz.

— Oremos pues, hijos mios, repuso el anciano descubriendo su venerable cabeza; es lo único que podemos hacer por él.

Los tres inclinaron la suya, y sus acentos se confundieron en una piadosa oracion.

V.

Habia amanecido una hermosa mañana como de primavera; la brisa era suave y embalsamada, y el sol, reflejando en el mar, proyectaba en el horizonte fajas de púrpura y oro.

El anciano y su hija estaban sentados en un banco á la puerta de su morada, y sus manos estaban enlazadas. La luz rojiza del horizonte doraba los cabellos blancos del anciano, y daba un tinte mas rosado al lindo rostro de Bella.

— Sí, padre mio, decia la jóven con acento firme. Parece que esperamos una recompensa. Lo que lleva en el pecho en ese relicario de plata es el retrato de su madre, rodeado de unas piedras que brillan mucho. Ha preguntado á José si querria ir á Furnes á vender algunas de esas piedras para recompensar nuestros servicios: si no insiste en ello, es porque yo le he dicho que en Furnes no hay quien compre esas cosas; pero no abandona la idea de recompensarnos.

— ¿Y eso te aflige, hija mia?

— Es rico, padre; querrá darnos dinero.

— Lo rehusaremos, Bella.

— Es extraño: era yo tan dichosa porque Dios me habia permitido salvar á un hombre la vida; pero no sé, desde que habla de una recompensa por mi servicio, me he puesto triste. ¡Qué satisfaccion queda de la caridad que se ejerce, cuando se sabe que nos la han de pagar!

— Sin embargo, no podemos ofendernos por su intencion: él, que es rico, es natural que quiera manifestarnos su reconocimiento con alguna dádiva; pero no tengas cuidado; cuando llegue el momento, yo le hablaré, y él, que parece razonable y bueno...

— Sí, sí, padre mio, es tan despejado y su lenguaje es tan bueno, que parece que todo lo que dice lo lee en un libro. Y tan amable, tan cariñoso... aunque á la verdad, padre, él nos lo oculta, pero la inquietud y la desesperacion amargan su vida.

— Es natural, aun ignora la suerte de su padre.

— No: si ya está convencido de que su padre no existe. La otra noche, cuando yo dejaba mi puesto á la tia Clara, me suplicó que no olvidase el alma de su padre en mis oraciones. Lo que ahora debe inquietarle mas, es la suerte de su madre y de su hermana, á las que cree tambien perseguidas. El médico le ha prometido noticias ciertas; pero siempre viene sin saber nada: ya hace seis dias que M. de Milval está en casa, y aun no ha recibido noticia alguna; considerad cuánto debe sufrir.

— El médico quiere ir por sí mismo á Bergues y hablar á la madre de M. de Milval: es un viaje peligroso que no se puede emprender sin mil precauciones.

— No es eso, padre; yo creo mas bien que M. Darings no quiere decir lo que sabe hasta que el enfermo tenga mas resistencia para oirlo.

— Todo es posible.

— Y entonces, ¿porqué no se lo va diciendo poco á poco? Ese era el medio de evitarle una fuerte impresion. M. Darings dice que mañana podrá ya dejar el lecho.

Un pescador llevando una cesta á la espalda, apareció por el sendero que serpenteaba entre las dunas, y envió de lejos un risueño saludo al padre Stock, imponiéndole Bella silencio con la mano.

— ¿Y cómo sigue ese jóven caballero? dijo el pescador acercándose.

— Muy mejorado, José, repuso la jóven; pero no hableis tan alto: está descansando.

José dejó la cesta en el suelo, tomó un pescado que llevaba entre la red, le arrojó sobre la arena y dijo:

— Para que veais que aun en alta mar no me olvido de nuestro huésped. Hé aquí un salmonete que será de su gusto. Es un pescado fino.

— ¡Ya de vuelta! creia que hubiérais pasado la noche en el mar, repuso el ciego.

— Los navíos ingleses han levado ancla y desaparecido, exclamó José, y acaso nos obliguen á estar largo tiempo en tierra; no me importaria si supiera qué hacer de estas manos; pero no me sirven para nada como no sea en el mar. En tierra firme no sé qué hacer de ellas, ni de los pensamientos que trastornan mi cabeza.

— Los navíos ingleses no abandonarán el crucero de Nieuport, José; verás cómo mañana están de nuevo á la vista.

— Dios lo haga; ahora, padre Stock, y vos, Bella, hasta mañana. ¿Quién viene por allí? es el doctor; mañana hablaremos.

José cargó con la cesta y desapareció entre las dunas.

— ¿Estais tomando el fresco, amigos mios? dijo M. Darings acercándose á la cabaña. Es una tarde deliciosa de primavera. ¿Cómo está nuestro enfermo?

— Duerme hace dos horas.

— ¡Duerme! ¡dichoso él! ojalá le dejara Dios siempre dormido. Su suerte es muy triste.

— ¿Teneis ya alguna noticia? preguntó Bella con interés.

— ¡Noticias fatales, hija mia!

— ¿Y veniais á anunciárselas? Está aun tan enfermo.

— Fuerza es, sin embargo, irle preparando poco á poco. He sido llamado para una visita en la granja del Norte, y como pasaba por aquí cerca, he querido aprovechar la ocasion para empezar á prepararle á lo que tiene que saber. Es necesario que conozca la extension de su desgracia; pero si aun le creeis demasiado débil, diferiremos esta triste revelacion.

— ¡Oh, sí! yo os lo ruego; dijo la jóven con tono suplicante.

El doctor entonces continuó bajando la voz:

— Su infeliz padre fué fusilado la misma noche que le prendieron, ante los muros de la casa de ayuntamiento, de donde su hijo le habia libertado.

Un ahogado gemido se escapó del pecho de Bella.

— Y no es esa la única nueva triste que tengo que comunicarle.

— ¡Dios mio! Su madre, su hermana... murmuró la jóven con terror.

M. Darings dió un paso hácia la cabaña, cerró cuidadosamente la puerta, y sentándose junto á Bella y su padre, prosiguió:

— Tened valor, y os revelaré cuanto he descubierto: he ido por segunda vez esta mañana á Bergues, y ahora lo sé todo. Nuestro enfermo es el mas desgraciado de los hombres. Necesario era atravesar tiempos tan terribles como estos que alcanzamos, para que la fatalidad se ensañase tanto contra una criatura.

— ¡Pobre jóven!

— Por órden de Lebon, continuó el médico, su castillo ha sido incendiado, sus bienes confiscados, y aprisionadas su madre y su hermana. A la hora esta Dios se ha servido retirar á las dos de este mundo.

— ¡Ah! su madre, su hermana... ¿y él, él que queda solo sobre la tierra para llorar cuanto le fué querido? repuso Bella sollozando.

— Vamos, por favor, por nuestro mismo enfermo, dominad vuestra emocion, hija mia: os he confiado estas noticias dolorosas lo primero para que me ayudeis á preparar á M. de Milval. Cuando por ejemplo veais que se alarma por la suerte de su madre y de su hermana, en vez de consolarle haciéndole concebir esperanzas lisonjeras, es preciso que os alarmeis con él aguardándolo todo de la suerte.

— ¡Imposible! no podré destrozar tan cruelmente su corazon.

— En hora buena, repuso el médico contrariado. Trataré de llenar yo solo mi penosa tarea; seguid con M. de Milval como si nada supiérais; yo vendré mañana y empezaré por anunciarle la muerte de su padre; él casi la espera, y no le producirá violenta impresion.

— ¡Por piedad! aguardad algunos dias, repuso la jóven.

— Ya veremos; eso dependerá de su estado: mi segunda razon para participaros cuanto ocurre, era que antes que ignorábamos quién era el herido, y aun despues al saber su nombre, podiamos creer que os indemnizaria vuestros sacrificios; pero ahora sabemos que es pobre, y vuestros cuidados no obtendrán otra recompensa que la bendicion divina.

— Eso nos basta, repuso el ciego.

— Así lo creo; pero con el tiempo la carga pudiera seros pesada; si esto sucede, no me lo oculteis, y yo os ayudaré en vuestra buena obra hasta encontrar otro refugio á M. de Milval.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—¡Sacarle de aquí! ¡Oh! no lo hagais, señor; nadie le cuidará como nosotros.

—Eso es verdad, hija mia, en ninguna parte estará mejor cuidado; pero sois pobres.

—Escuchad, señor doctor, repuso lentamente el anciano, somos pobres, es verdad, pero no tanto que tengamos que renunciar al cumplimiento de una obra de caridad. M. de Milval está bajo mi techo, y mientras necesite permanecer aquí, nada le faltará.

—Teneis un corazon excelente, repuso conmovido el doctor estrechando la mano del anciano; pues bien, no hableis nada al enfermo, yo volveré mañana y veré lo que se puede hacer: la tarde está ya avanzada. Yo no puedo perder tiempo para volver á casa. Hasta mañana, amigos mios, y se alejó pronunciadas estas palabras.

Bella se arrojó en brazos de su padre y lloró amargamente sobre su seno.

El disco del sol iba ocultándose totalmente en el mar, y la sombra envolviendo la parte inferior de las dunas.

—Entremos, hija mia, y enciende luz, murmuró el ciego. El aire es ya húmedo y frio.

Bella condujo á su padre á la cabaña, se adelantó á los escalones y escuchó su respiracion.

—Duerme tranquilo, murmuró.

Mientras encendia luz, el anciano, que habia ocupado ya su sitio habitual, tejia su malla. Bella, sentada á su lado, se dispuso á coser en un pedazo de tela nueva; pero sus pensamientos debian estar lejos de su labor, porque su aguja permanecia inmóvil entre sus dedos, y sus ojos aparecian velados de lágrimas.

Un silencio profundo reinaba en la estancia, interrumpido solo por el ruido monótono de la péndola.

La puerta de la estancia del enfermo permanecia entreabierta para permitir que se renovase el aire, dejando toda aquella parte en la oscuridad la pequeña lámpara que tenia Bella cerca de su lado.

El jóven herido estaba despierto, y su mirada se clavó naturalmente en la rendija de luz que penetraba en su estancia, distinguiendo por ella el rostro candoroso de la jóven. Le habia dado esta tantas pruebas de amistad y ternura desde que se hallaba en aquella casa, que al ver lágrimas en sus ojos, el enfermo no dudó que aquellas lágrimas corrian por su triste suerte. Su corazon estaba henchido de gratitud ante aquella sencilla pescadora que lloraba en el silencio de la noche las desgracias de un hombre que le era completamente extraño.

En aquel instante un gemido se escapó del pecho de Bella.

M. de Milval escuchó entonces el siguiente diálogo:

—Me habias prometido tener valor, y lloras; ¿porqué lloras, hija mia?

—¡Ah, padre! Ese pobre M. de Milval me da mucha pena. ¡Dios haga que tenga valor para sufrir cuanto le espera!

El anciano se acercó mas á la jóven y murmuró:

—Vamos, hija mia, suspende tu labor, y como de costumbre, demos principio á la lectura.

—Esta noche estoy poco dispuesta, padre.

—Eso te distraerá; elige un capítulo que sea agradable.

—¿Cuál, padre?

—El de Tobías, por ejemplo.

—Es una historia tan larga, padre. Ya va siendo hora de recogeros; leeré mas bien la del paciente Job.

—De ningun modo; esa historia turba tu reposo; lee mas bien la de Daniel en la cueva de los leones.

Bella buscó en el libro la historia indicada y empezó su lectura.

El enfermo se sorprendió y no poco de hallar en aquella humilde choza quien supiera leer, y mas aun, del sentido con el cual la jóven leia, variando las inflexiones de su voz y dando vida y color á su relato. Tanto le impresionó aquella lectura, que olvidó por un momento sus males y sus desgracias.

Cuando terminó el capítulo de Daniel en la cueva de los leones, Bella quiso persuadir á su padre á que se recogiese, porque habia pasado ya su hora habitual.

—Déjame velar algo mas contigo; la tia Clara no vendrá hasta media noche á reemplazarte, y vas á permanecer mucho tiempo sola con tus pensamientos; léeme alguna otra cosa.

La jóven cogió de nuevo el libro y abrió á la casualidad, leyendo la siguiente historia:

«En aquel tiempo un doctor de la ley se levantó y dijo: —Maestro, ¿qué es preciso que yo haga para poseer la vida eterna? Jesus le respondió: —¿Qué manda la ley que vos leeis? —Amareis al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazon, y á vuestro prójimo como á vos mismo. Jesus le dijo: —Habeis respondido bien; haced eso y vivireis. Pero aquel hombre, queriendo aparecer extremadamente justo, prosiguió: —Y ¿quién es mi prójimo? Jesus, tomando la palabra, repuso: —Un hombre que bajaba de Jerusalen á Jericó, cayó en manos de unos ladrones que le robaron, le llenaron de heridas y le dejaron medio muerto. Sucedió que un sacerdote pasó por el mismo camino, el cual, habiéndole apercibido, pasó de largo; un levita que llegó cerca de él, miróle y pasó adelante; pero un samaritano que iba de camino se le acercó, vióle herido y tuvo compasion de él, le curó sus heridas, echando en ellas vino y aceite, y colocándole sobre su bestia, le condujo á una venta y le tomó á su cargo. Al dia siguiente, antes de marchar, sacó dos denarios, los dió al mesonero y dijo: «Cuidadme á este hombre, y lo que gastares de mas te lo pagaré á mi regreso.» —Ahora bien: ¿cuál de esos tres hombres os parece que fué prójimo de aquel que cayó entre las manos de los ladrones? El doctor respondió: —Aquel que ejerció misericordia con él. —Anda pues, le dijo Jesus, y haz tú lo mismo.»

Hubo un instante de silencio despues de esta lectura; el enfermo estaba profundamente conmovido, mirando con reconocimiento á aquellas gentes sencillas que habian llenado con él tan generosamente el mandato de caridad para con el prójimo.

—¿No es verdad, padre, que no se debe reparar en algunos sacrificios cuando Dios nos manda la ocasion de imitar al buen samaritano? vos hareis comprender al médico que M. de Milval no nos es gravoso, y que puede permanecer aquí hasta que esté enteramente curado: yo trabajaré un poco mas en mi labor, iré tambien á la pesca, y de este modo no echaremos de ver que hay una persona mas en casa.

—Esa ha sido mi intencion, Bella, murmuró el ciego; aunque necesitara estar seis meses, no seria yo quien le hablara de partir.

—¡Ah! ¡qué recompensa para nosotros, padre, saber que con eso agradamos á Dios! Ahora á recogeros: la tia Clara no tardará en venir; venid, y ante todo dadme vuestra bendicion; estoy delante de vos.

M. de Milval vió inclinar á la jóven profundamente la cabeza ante su padre, escuchó al ciego pronunciar su solemne bendicion, y le vió hacer el signo de la cruz sobre la frente pura de Bella: al contemplar aquellas demostraciones y el beso de ternura que cambiaron con espontaneidad el anciano y la niña, dos lágrimas humedecieron los ojos del herido.

La puerta se abrió, la tia Clara entró de puntillas, y la jóven la hizo seña de que el enfermo dormia.

—Está bien, dijo la anciana á media voz; no turbaré su sueño. Ahora acostaos los dos, que José vendrá á reemplazarme á mí al rayar el alba.

Despues de haber dado gracias á su hermana, el ciego desapareció entre las cortinas de su alcoba, y Bella subió al granero, su dormitorio provisional.

La tia Clara se colocó junto á la luz y se puso á tejer en silencio una gran media, que no podia ser destinada mas que á José.

VI.

El enfermo se habia levantado.

José, como un servidor vigilante, le habia ayudado á vestirse, y queria sostenerle para bajar los escalones que comunicaban con la otra pieza.

—Os doy gracias, amigo mio, repuso el convaleciente, por vuestra extremada bondad; pero no os incomodeis; me siento con fuerza bastante para bajar solo.

—Es posible, señor, replicó el pescador; pero he prometido á mi prima velar por vos, y si diérais, aunque no fuera mas que un tropezon, yo no me lo perdonaria nunca.

El jóven entonces se dejó tomar por el brazo, y José, sosteniéndole con una solicitud casi paternal y ayudándole á bajar, repuso:

—Vuestro enfermero tiene las manos algo ásperas: ya se ve, están mas acostumbradas á manejar un cable que un enfermo; pero como dice el adagio, quien da lo que tiene hace lo que puede.

El herido dió algunos pasos y tomó con emocion la mano del ciego que trabajaba en su red.

—Amigo mio, exclamó, no sé cómo recompensaros vuestra generosa hospitalidad; aunque pudiera indemnizaros por vuestros sacrificios, jamás podria pagar el dulce afecto que todos me consagran: cualquiera que sea la suerte que el cielo me depare, nunca olvidaré esta mansion ni los generosos corazones que en ella habitan.

—En verdad, señor, que estimais en mucho lo poco que hemos podido hacer por vos, repuso el anciano; vuestra pronta curacion es la única recompensa que apetecemos.

José, que temia quizá que el enfermo se fatigase si permanecia mucho tiempo de pié, interrumpió la conversacion y condujo al jóven cerca del hogar, donde habia una silla con almohadon blanco.

—¡Cuántas atenciones! no tengo necesidad de almohadon.

—Es Bella quien os le ha puesto, replicó el pescador.

Y como si estas palabras encerrasen una órden sin réplica, el convaleciente se sentó sumiéndose en breve en profundas reflexiones, mientras José le contemplaba en silencio.

M. de Milval era un jóven agraciado, y tenia en su elevada estatura, en sus facciones regulares, en su desembarazado ademan, algo de noble y majestuoso que realzaba la palidez de sus megillas y la expresion melancólica de sus miradas.

Su camisa era de finísima holanda, y la tia Clara habia empleado toda su habilidad de excelente lavandera para blanquearla; su cabeza estaba aun envuelta en los vendajes, su brazo izquierdo descansaba en un pañuelo negro, todo su traje era negro tambien, y contribuia á dar cierta severidad á su figura.

Al cabo de un prolongado silencio dejó vagar sus ojos por todo el cuarto, y como José se levantase preguntándole qué deseaba, repuso:

—Nada, amigo mio, buscaba á la jóven que me ha cuidado con tanto esmero en mi enfermedad.

—Bella ha ido á la pesca, repuso José.

—Sí, murmuró el jóven como hablándose á sí mismo: lo sé desde anoche, ¡pobre niña! ha ido á trabajar para mí. Parece que hace un hermoso dia.

—El cielo está despejado y sereno, señor.

—¿Y Bella está en la playa?

—Sí, señor, á orillas del mar.

—¿El mar está lejos de aquí?

—Tres ó cuatro tiros de flecha.

—Perdonad, amigo mio, si os causo mucha molestia; pero os agradeceria que me indicáseis por dónde está la playa: quiero ver el mar.

—¿Lo ois, padre Stock? el señor quisiera ir á la playa.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas nuevas. — ¿Qué llevarán los sportman? — Las casacas de las parisienses. — La fashion teme caer en el ridículo. — Se pasa de la levita á la jaqueta. — Los dandys con cuerpo escotado. — El Longchamps del dia. — De las fiestas mundanas. — Los porteros representando comedias. — Una especie particular de mozalbetes. — De cómo se visten. — Descripcion de nuestro figurin, que representa trajes de primavera.

Hablemos de las modas nuevas. Hé aquí la primavera: ¿cómo se van á vestir los sportman? ¿Se mostrarán tan caprichosos como las señoras, que adoptan la casaca del Directorio? Si fuera así, no se sabria ya á quién dirigir una lisonja, pues las bellas usan botas y baston lo mismo que los mozalbetes.

Si mis amables lectoras lo dudasen, no tienen mas que venir á verlo, lo cual seria una fortuna para las parisienses, pues quizás habria una revolucion en la moda.

Por el pronto, lo que podemos decir en cuanto á los trajes masculinos es que no varian. Siempre el mismo uniforme, triste, negro, monótono. Cuando se trata de trasformarle, se tacha de ridículos á los innovadores.

Hé aquí porqué el frac negro continúa invariable, y nadie se atreve con los de color.

¿Quién tiene la culpa de esto?

Los hombres de mundo, que carecen de energía para imponer sus caprichos.

Se pasa pues sucesivamente de la levita á la jaqueta y de la jaqueta á la levita.

Para la estacion de primavera se prefiere la levita negra, no de color; la fashion temeria comprometerse.

Estas levitas se cortan de la forma Dorsay, con el talle justo, faldones cortos y un poco sesgados por delante, pero tan poco, que parece que caen derechos.

Esta levita se puede cerrar con un solo boton, á menos que no se deje abierta, lo que es mas elegante.

Las prendas abiertas obligarán á usar chalecos muy lujosos y bonitas pecheras.

Las jaquetas tambien estarán en boga. Su corte se ha variado un poco, esto es, su cuello vuelve de manera que deja descubierto el chaleco.

Ya este invierno los señores dandys habian adoptado para el baile y el teatro el frac negro muy suelto y abierto, lo que dió orígen á este dicho malicioso:

—Esos señoritos están por el cuerpo escotado.

Se están preparando para Longchamps, dice el periódico de los Sastres, que cree todavía en Longchamps, muchos chalecos abiertos, de chal, cruzados, ó con solapas. Estos chalecos no llevan mas que tres botones por abajo, y aparecerán en las carreras de la Marche y del bosque de Boulogne, que dan el tono á la moda del dia.

A decir verdad, Longchamps ya solo existe en el periódico de los Sastres.

Algunos desocupados toman un coche de alquiler para dar un paseo por el bosque de Boulogne, y vuelven contentísimos diciendo:

—¡Hemos estado en Longchamps!

Con lo que se creen hombres de mundo de un gusto refinado.

En cuanto á los pantalones, siguen con la forma derecha.

Pasemos á las telas.

La fabricacion se perfecciona por lo que toca á la calidad, pero no hace nada nuevo.

El satin reemplaza al terciopelo. ¿Es una ventaja?

Los colores grises serán los preferidos despues del negro.

Se hablaba de los matices lila, rosa, blondina y violeta; pero nada de eso veremos; se habria dicho que era ridículo.

Hé ahí todo lo que la moda fashionable me ofrece por ahora.

El carnaval ha sido corto, pero bastante animado.

Por todas partes, además de los bailes, se han organizado comedias de salon; ha sido y es un verdadero furor.

Todos los parisienses se hacen cómicos.

Un portero del barrio de la Chaussée d'Antin ha hecho representar una comedia en dos actos en su portería, que se titulaba: *los Inquilinos*. Su audacia llegó hasta el punto de mandar esquelas de convite á los vecinos de la casa que guarda. El del piso principal, hombre de talento y muy amable, acudió á la reunion y se divirtió sobremanera al verse en escena.

Tengo que hablar ahora de ciertos señoritos muy remilgados que andan por Paris y que se creen los privilegiados de la moda.

Son estos hijos de familia, imberbes todavía, que visten de un modo único. Llevan corsé á fin de adelgazar su talle, y profesan el culto de la corbata y del cuello postizo.

Cada corbata tiene una significacion y las llaman: corbata sentimental, corbata conquistadora, corbata ambiciosa, audaz, provocadora, corbata de despedida, corbata de presentacion, etc.

Es curioso oir sus teorías sobre la corbata y el cuello postizo.

Hablan con muchos melindres abriendo apenas la boca y guiñando los ojos, y llevan siempre un lente para hacer mejor sus gestos de micos.

Todas sus prendas son diminutas: frac raquítico, pantalon y chaleco de niño, y modales de criatura.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Aspecto del jardin del palacio de la Presidencia en Varsovia durante el baile.

Esto es cuando se pavonean por las calles; pero cuando hablan entre sí, todos quieren ser Hércules y calaveras. Ninguna mujer les resiste; tienen una salud de hierro y beben champaña como agua; pasan las noches jugando, están hastiados, no creen en nada; apenas les gusta una cosa en el mundo, y es el vicio.

Tal es la especie de jovencitos que se distingue en la sociedad parisiense.

Afortunadamente no es esa toda la juventud, sino una parte muy reducida de ella.

Mientras llegan á mi noticia otras novedades sobre las modas primaveriles, voy á terminar con la descripcion de nuestro figurin que representa trajes de la temporada.

El primer traje conviene para visitas sin etiqueta de dia.

Compónese de un sobretodo de forma inglesa con tres costuras y que cae derecho por delante. Las solapas y el cuello están dispuestos de modo que no se pueden cerrar los botones.

Bajo este sobre todo aparece una levita negra con mangas derechas sin bocamangas. El cuello es bajo y angosto.

Pantalon y chaleco de satin gris liso. El chaleco es de chal y cierra con siete botones.

Corbata de raso color de castaña con matiz dorado.

El pantalon se lleva siempre bastante ancho.

Viene despues un traje de capricho que se compone de una jaqueta de tela diagonal azul claro. Esta prenda está cortada de modo que se puede cerrar ó llevar abierta. Tiene bolsillos y carteras en las caderas.

El chaleco gris y negro es de chal cruzado y se cierra con tres botones.

Pantalon escocés de anchos cuadros, y corbata larga de tafetan azul lapislázuli.

El último traje propio de paseo figura una jaqueta de tejido de lana mezclilla, cortada en forma de paletó con carteras y bolsillos.

El chaleco es de cuadros blancos y color de castaña, de chal abierto, y la corbata de fular violeta.

El pantalon gris y negro describe anchos cuadros trazados por un filete negro. Guantes color sueco.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Un baile en Varsovia.

Aunque en la infortunada Varsovia sea preciso de tiempo en tiempo divertirse por órden superior, la policia rusa halla en la poblacion tan malas disposiciones sobre este punto, que tiene que emplear la fuerza ó la astucia para obtener un simulacro de fiesta. De este modo el general Berg acaba de comprometer al señor Wetkowski, presidente de Varsovia, á dar un baile á la clase media, prometiéndole si lo lograba hacerle obtener el grado de teniente general, con la condecoracion de primera clase. El señor Wetkowski, alentado por el estímulo, puso manos á la obra y empleó promesas, lisonjas y hasta amenazas, para reclutar algunos convidados. Hizo en persona las visitas de convite, y por todas partes se deshizo en protestas de afecto hacia la clase obrera y de su adhesion al pais.

El fin de este baile era el de arrancar firmas para una manifestacion que debia ser entregada al general Berg, y enviada despues por este al emperador. Todo el mundo lo sabia, y no hay para qué añadir que las insinuaciones del presidente fueron mal acogidas.

Sea como quiera, se hicieron los preparativos del baile; un palacio que habian trasformado en cuartel se arregló un poco, y al cabo se repartieron las esquelas de convite.

Llegó el gran dia. La policía invadió todas las avenidas, y un destacamento de tropa ocupó el jardin contiguo al palacio. Se abrieron los salones, y entonces se presentaron unos cien vecinos de origen aleman, algunos empleados del ayuntamiento, agentes de policía, y en cuanto á la parte femenina, dos carniceras alemanas, una tabernera, la mujer de un lampista, y las de varios agentes de policía.

El general Berg asistió tambien con un numeroso séquito de oficiales. El señor Wetkowski se adelantó á él y le ofreció en nombre de Varsovia una caja de plata que contenia la supuesta manifestacion, que le suplicó tuviese á bien depositar á los piés de S. M. El presidente, en su calidad de patriota, habló en polaco, y el general le respondió en francés que se dignaba aceptar el mensaje. Luego la música dió la señal del baile. El general Berg le abrió con una polaca, y los agentes de policía sacaron á bailar á las veinte y cinco *elevadas señoras* que habia en la fiesta.

Pero el mejor momento de tan brillante reunion fué el de la cena. Brindis extravagantes, el señor Wetkowski llevado en triunfo al ruido de los hurras frenéticos de la policía, hé ahí los gloriosos episodios de la última parte de esa hermosa fiesta nacional.

Entre tanto hácia el Norte de la ciudad se pudo ver en la sombra cómo se arrastraba sobre la nieve una larga cadena movediza: era un convoy de 320 presos de Estado que acababan de sacar de los calabozos de la ciudadela, y que acompañados de una formidable escolta partian para la Siberia, sin haber dirigido un último adios á su familia; último decimos, pues cada dia marchan muchos infelices para ese infierno de hielo, y no se ha visto que vuelva ni uno de ellos. P. P.

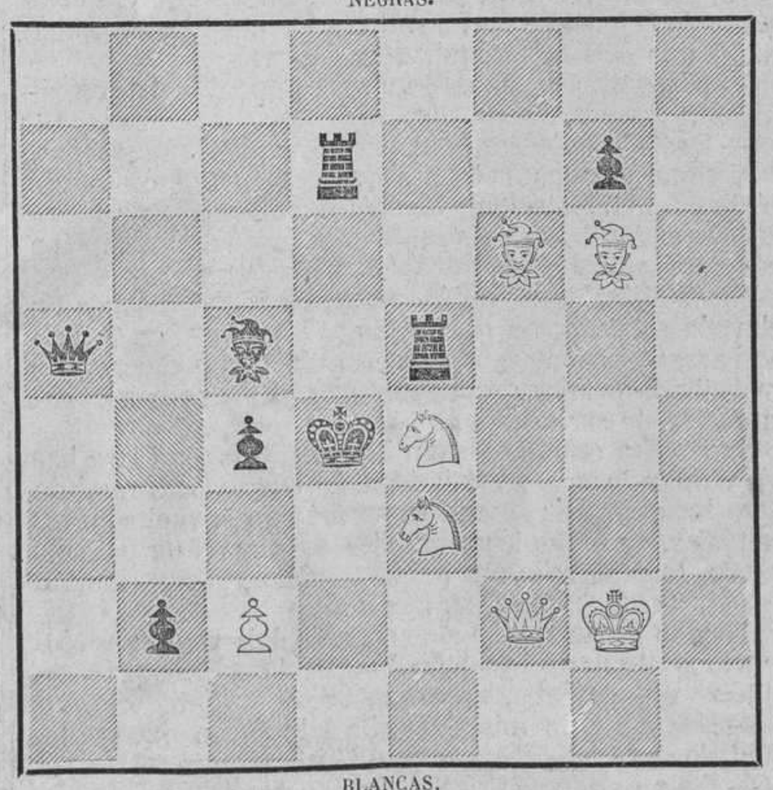
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 102.

1 C 4ª C	P un paso
2 P un paso	P come P
3 R 2ª A	P un paso
4 R casilla del A	P un paso
5 C 2ª A jaque-mate.	

PROBLEMA NUM. 103, POR M. CONRAD BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

LOS EDITORES-PROPIETARIOS RESPONSABLES: X. DE LASSALLE Y MELAN. PARIS. — TIPOGRAFIA DE J. BEST, CALLE SAINT-MAUR-SAINT-GERMAIN, 15.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte